

El Parque del lago

S. Abraján



El parque del lago

S. Abraján

Capítulo 1

Capítulo 1

Después de un último año universitario en el infierno, decidimos pasar una semana de vacaciones en el célebre Parque del Lago.

Habíamos calculado todo para llegar en una fecha en la que, teníamos la certeza, estaría casi vacío. Si bien nada más llegar fuimos recibidos por algunas familias con niños que nadaban en los canales entre las cabañas, nos bastó solicitar que las nuestras estuvieran en una de las zonas más alejadas. Llegamos así a una zona que casi rozaba la negra selva, donde en efecto no se escuchaba más que los pájaros, los peces que saltaban para cazar insectos, y muy pocos vecinos que disfrutaban de sus vacaciones solitarias, que poco podrían hacer para arruinar la tranquilidad que tanto necesitábamos.

Genáo y su novia Líru ocuparon la cabaña 48; Kuésta, Ánke y yo ocupamos la 49.

Por accidente metieron mi hielera en la cabaña de los novios, y la suya en la nuestra. Fuimos Ánke y yo a avisar a Genáo. Tan similares eran los contenidos que al principio decidimos mejor dejarlo así, total estaban llenas de cerveza y dulces fríos; no obstante, al menos quería recuperar mi termo lleno hasta el borde de té de bambú, y mientras lo buscaba debajo de tantas cervezas heladas y hielo, Genáo quiso saber más sobre mi tesis y empezó a hacer preguntas mientras instalaba las hamacas: —No veo a qué le buscas tanto a mi tesis justo ahora —le dije. —Es que ahora más que nunca te ves demacrado —contestó tras abrir una cerveza, dio un trago y añadió—: Te conozco, amigo. Sé que no disfrutarás estas vacaciones mientras no lo saques de tu sistema. —No tengo nada que ventilar —encontré mi termo y saqué la mano. —Aprovecha ahora que te doy la oportunidad —se acostó de un salto en la hamaca y empezó a columpiarse—, estoy de buenas y te puedo aguantar tus berrinches si con eso se te borra la mala cara durante esta semana. —¿En qué concepto me tienes? —No te enojas, amigo, sólo quiero que puedas por una vez relajar tus hombros. Derrotado, me dejé caer en la misma hamaca, quedando sus pies junto a

mi cabeza y los míos junto a la suya.

—Esta hamaca no se siente muy sólida —dije—. Debieron traer aunque sea una colchoneta.

—No nos pasará nada.

—Todos estos años escuché cómo rechinaban la cama por la noche.

—Decidimos no causar tanto escándalo mientras estemos acá.

—A ver si Líru lo recuerda después de cinco cervezas, y Kuésta trajo vodka y otras porquerías.

—¿Eso es lo que te molesta?

—Nada me molesta.

—Claro, amigo, sólo sigue hablando, yo te escucho.

Pero mejor me levanté y salí de la cabaña, y cuando iba de camino a la mía, Líru me salió al paso y preguntó riendo:

—¿Te peleaste con Genáo?

—Le dije que no deberían dormir en una hamaca.

A lo que ella me dio una palmada en el hombro.

—Ya, tranquilo, te prometo que ni nos vas a oír.

Cuando entré a nuestra cabaña, Ánke aún estaba desempacando y Kuésta ya se había tumbado en su hamaca.

—Luego buscas si ves mi traje de baño en tu maleta —me dijo Kuésta.

—¿Por qué lo tendría yo?

—No debería ser, pero es que no lo encuentro ni en mi equipaje ni en el de Ánke. Le acabo de pedir a Líru que vea si aparece en su equipaje o en el de Genáo.

Abro mis maletas y acomodo mis cosas. Entonces recordé mi té de bambú y lo metí en el minirefrigerador.

—Voy a caminar por la orilla en un rato, ¿me acompañan?

Ánke aceptó, pero de inmediato pareció recordar algo y se echó para atrás.

Esta arena no se decide si ser tosca o suave, pero si entre las piedras un pie descalzo encuentra un nicho lo bastante amable para permitirle dar un paso, lo aceptan como un colchón húmedo y que suena como a mordidas. Veo que el agua tampoco se decide a ser del todo transparente u opaca, pero en sus momentos de mayor claridad me siento ahogado por lo polvoriento del lecho lacustre, y en sus zonas más sólidas me incomoda lo poco agua que se ve, más pastizal hecho líquido. Sé que se han avistado cocodrilos y serpientes acuáticas, una vez un rinoceronte pigmeo que llegó nadando les dio a todos un susto y pensaron que había un nuevo monstruo en Danzílmar. Pero ante todo los insectos aprovechaban la calma del agua y poco temían de deslizarse sobre ella. Quiero ahora meter los pies y sentir esa falsa superficialidad, pues es fácil irse hasta los muslos pensando que con las espinillas sería suficiente. Hago un pozo con mis manos y me llevo agua a la cara, luego al pelo. Me doy cuenta de que

me he alejado bastante y casi ya no se ve el Parque del Lago. Si me muriera ahora mismo, sin haber tenido la decencia de alejar mi cuerpo de la orilla, mi cuerpo se hundiría y quedaría sepultado por el polvo del lecho lacustre. No notarían mi ausencia en muchas horas y quizá sea lo mejor para mí; más tiempo para hornear el misterio y, algún día, la leyenda del recién graduado al que se tragó el Parque del Lago. Pero comienza a hacer frío, y eso es de las pocas cosas que no soporto mucho. Enfilo de vuelta hasta que veo a uno de los viejos vecinos chapoteando en el lago, sacudiéndose el agua al asomar su cabeza plateada, y llevándose el pulgar y el índice al bigote. Llego a la cabaña y escucho ruidos. Las cortinas están corridas pero no cerraron la ventana, con un dedo me abro espacio entre una de ellas y veo un fiero bulto humano en una de las hamacas. Alejo la cabeza y regreso sobre el puente que va a tierra, pero me desvío por el puente que lleva a la cabaña 48. Escucho por un instante y apenas hay respiraciones humanas y rechinidos metálicos muy agudos. Con el mismo procedimiento vuelvo a inspeccionar, y el mismo cúmulo de humanidad encerrado en la misma hamaca, que se convulsiona en su indecisión de columpiarse o permanecer estática. Me vuelvo a alejar, esta vez hacia tierra firme, y en mi camino aparece el viejo de hace un rato, que ahora luce un cuerpo robusto y muy velludo. Me observa como si entendiera algo que yo también entiendo, queriendo ignorar lo que yo también quiero ignorar. Sin más nada que hacer, me siento en una de las bancas a los pies de unas palmeras. Si al menos tuviera mi termo conmigo. Podría ir a la cafetería a comer algo, pero mi billetera también está en la cabaña. Parpadea entonces un color azul intenso. Volteo hacia arriba, pero no hay nada.

Poco se han llenado los estómagos tras la cena de pescado frito, camarones y otras cosas que antes nadaban, pues pronto, bajo el refugio de la cabaña 49, se habrían de instalar a pasar el rato antes de dormir. La puerta y ventana abiertas para disfrutar del frescor del lago, y también para ver de tanto en tanto el fuerte contraste entre la iluminación del mismo con lo negro de la selva al fondo. Ánke en particular se quedó sentado frente a la ventana que daba al agua, deleitándose con los matices de luz que poco a poco se iban perdiendo a la lejanía. Le gustaba ese cambio gradual, esa fantasmagórica línea fronteriza entre la paz y el terror de un lago cuyo parcial verdor es un deleite a los ojos, y a lo lejos un mal sueño. Varias veces tuvo que convencerse de que no se había quedado dormido; pestañeó con fuerza tres veces, y luego hubo un cuarto pestañeo que en vez de ser negro fue de un azul intenso, y que no fue causado por sus párpados. Ya despabilado, asomó la cabeza por la ventana.

—¿Y sí escucharon lo del rinoceronte pigmeo? —preguntó Genáo

En medio de todos se desarrollaba un juego de damas chinas. Dézen iba a la cabeza ya con siete canicas adentro de la base rival, le seguían Kuésta con 5, Líru con 4 y Genáo sólo con 1.

—Podría estar justo debajo nuestro —dijo Líru, haciendo saltar varias veces su canica.

—¿Por qué le tendrían miedo a un rinoceronte pigmeo? —preguntó Dézen, que dio otro sorbo a su té de bambú.

—Daba miedo cuando no sabían que era un rinoceronte pigmeo, sino algo más —dijo Genáo.

—No atacan a la gente, ¿verdad? —preguntó Líru.

—Que yo sepa, sí, pero sólo si tú empiezas.

—Desde ahí nos avisas si ves algo raro en el lago, eh, Ánke —dijo Kuésta.

—No hay jorobas ni movimientos raros todavía —respondió éste.

—¿Qué le ves tanto al lago? —alzó la voz Dézen— Ahí estará mañana, y en diez años, pero yo ganando en este juego sólo se verá una vez.

Cayó la canica final, y Dézen se levantó ante las exclamaciones de derrota de los demás. Acompañó a Ánke en la ventana.

—Si al menos fuera un cocodrilo o una boa.

—A ti te mordió uno de esos una vez, ¿o no, Ánke? —dijo Kuésta.

—Me mordió un tiburón loro —Ánke descubrió una mancha rojiza en su pantorrilla derecha—, fue cuando estaba haciendo prácticas en Lyána.

—Por eso ahora te asusta el agua —rio Genáo.

—No me jodas, que no es miedo sino respeto, y aquí se pueden esconder muchas cosas que quizá no sean fáciles de explicar.

—Cierto que tú habrías estudiado criptozoología —dijo Dézen.

—Tal vez entonces sí, pero si sería más interesante descubrir un rinoceronte pigmeo con un comportamiento raro que un monstruo.

—A ver, tú que sabes, ¿por qué un rinoceronte pigmeo se pondría a vivir como hipopótamo?

—Lo más probable es que esta adaptación le ayude a encontrar comida donde antes no podría.

—Huy, tendremos una nueva especie de delfín en un millón de años —dijo Líru.

—Es el tiempo —dijo de repente Genáo—, el tiempo como excusa de todo cambio. Ya lo habían pensado los filósofos errantes de Prámi. El lago se ve inmóvil porque lo alimenta un río subterráneo, y esta inmovilidad debe estar sostenida por una movilidad ahí adentro en la tierra. El tiempo mueve la corriente y desemboca en la quietud.

—En la quietud evolucionará un día una ballena de un rinoceronte —dijo Dézen—, y luego descubriremos que su aceite es combustible para las máquinas del tiempo y lo llevaremos a la extinción.

—A mí también me dejó algo una marca —dijo Líru, y se descubrió la espalda baja—, casi no se ve, pero cuando era niña me picó un ciempiés marino cuando fui a la playa; casi no se ven los puntitos pero sí se sienten.

Uno a uno pasaron a sentir los dos cráteres casi invisibles que habían dejado las mandíbulas de dicho ciempiés marino, maniobra que Genáo aprovechó para darle una mordida con los dedos en un glúteo, haciéndola

saltar.

—¿Así se sintió?

Haciéndose la ofendida, Líru intentó regresarle el piquete en donde alcanzaran sus manos, y se habrían enfrascado en un juego cursi si Dézen no hubiera interrumpido:

—¿Me creerían si les dijera que a mí me falta un pedazo del pene?

El juego terminó de inmediato, y en los silencios repentinos habían sonrisas nerviosas, como esperando que fuera todo otro juego, pero al ver que Dézen no se retractaban, se acomodaron para afrontarlo con más comodidad.

—Tenía seis años, fui con mi familia a la selva de Yáok de vacaciones. Nos instalamos en un hotel en medio de la selva, los muros llenos de enredaderas, todo decorado como árboles; me gustó, un día quiero volver. En fin, para no alargarme mucho, me metí a al río a jugar con mi papá y un rato después empecé a sentir una fuerte comezón en el prepucio. Le avisé a mi papá y me llevaron a revisarme. Resulta que algo me había provocado una irritación en la piel y tenía una pequeña ampolla que sangraba un poco. Me recetaron una crema y que no volviera a entrar al agua hasta que pasara. Unos días después estaba mejor, por lo que volví al río y por varios días todo estuvo bien. Pero el último día, cuando me animé a ir más lejos con mi papá, sentí de nuevo la comezón. Mi papá se apuró a sacarme del río, pero justo antes de salir... ¡Ñam! —hizo un gesto de mordida con la mano.

Los demás tuvieron un sobresalto, y esperaron ansiosos que el relato continuara.

—Resulta que por la irritación había comenzado a sangrar un poco por el prepucio, y un gémpi rojo justamente se metió en mi pantalón cuando mi papá me estaba sacando. El gémpi olió la sangre y pensó que había encontrado una presa débil.

—Pero un gémpi es muy pequeño y su mordida muy débil para causarte gran daño —dijo Ánke.

—Así es. De hecho, la mordida ni siquiera me dolió mucho y apenas dejó una marca.

—¿Entonces qué pasó? —se apresuró a preguntar Genáo.

—Pues lo obvio. La mordida se infectó, y, aunque me trataron de inmediato en un hospital, no cedía. En cuanto apareció la necrosis no quedó de otra opción, tuvieron que amputarme toda la zona del glande. Justo entonces se escuchó un ruido húmedo y contundente bajo sus pies. La sorpresa les hizo levantarse y conjeturar en sus cabezas posibles explicaciones, intentando alejarse definitivamente del rinoceronte pigmeo o alguna otra criatura desconocida.

—Ya vamos a dormir —dijo Lée, que tiró de la manga de Genáo.

Ambos se despidieron llevándose sus cervezas sin terminar y salieron. Aún con todo el alumbrado que anaranjaba las cabañas y el lago, seguía habiendo algo de oscuro, quizá porque lo negro de la selva resaltaba por todas direcciones más allá de los límites del Parque del Lago, dejándolo

aislado del mundo.

Capítulo 2

Capítulo 2

Kuésta se había levantado temprano a refrescarse al lago, el cual de cerca le parecía más verde que desde afuera. Se habría jurado estar en el mar de tanto verdor si no fuera por la falta de sal en sus labios. Cuando se hubo empapado lo suficiente, salió a la orilla y vio a Dézen sentado en una silla, entretenido arrojando al lago los guijarros que le quedaran al alcance de la mano.

—¿Ya fuiste a desayunar? —preguntó Kuésta.

—Aún no se despiertan los demás.

—Eso no fue lo que pregunté —y acercándosele—: yo ya tengo hambre, ¿por qué no nos adelantamos?

Dézen lo pensó un momento. Era la primera vez que veía a Kuésta mojada, o en ropas que no fueran las pertinentes para un ambiente académico. Sus formas estaban bien ocultas por la camisa holgada, pero tan ceñidas por el agua que poca diferencia había entre mostrar y ocultar.

—Está bien, vamos.

Kuésta no se molestó en regresar por una toalla, sino que así, mojada y chorreando, caminó junto a Dézen hacia la cafetería, sacudiéndose únicamente con las manos el exceso de agua del cabello.

—¿Tuviste miedo anoche? —preguntó Kuésta.

—¿Miedo de qué?

—De ese ruido.

—Ah. Habrá sido algún tronco que chocó contra un pilar de la cabaña.

Ayer en que estuve explorando vi varios flotando en el lago.

—Pero sin corrientes ni viento que lo arrastren... Es todo un misterio.

—Tal vez no sentimos el viento desde dentro de la cabaña.

—Hmmm. Me gustaría ver si hoy vuelve a escucharse. Tal vez me quede fuera parte de la noche a ver si pasa algo.

En la cafetería aún no terminan de freír el pescado, pero hay ensaladas, draóhis y panes.

—Creo que esperaré el pescado frito —dijo Kuésta—. ¿Me acompañas?

—No, yo voy por ensalada y pan de durazno.

—Digo acompañarme en la noche afuera.

—¿Por qué te interesa tanto? ¿Qué esperas encontrar?

—Nada, lo mejor es no encontrar nada.

Y como se quedó callada, Dézen fue a comprar su ensalada y su pan.

Cuando regresó, Kuésta continuó:

—A veces es mejor que no haya nada detrás de un ruido en la noche. Es más, quiero que se repita sólo para asegurarme de que nada lo causa. Será decepcionante si al final es un tronco, un rinoceronte pigmeo, o alguna otra cosa.

Dézen sólo comía en silencio.

—Sé lo que estás pensando: que por qué te lo pido a ti y no a otro.

Bueno, Ánke tiene el horario de sueño de un niño, y los novios no van a perder el tiempo cuando podrían estar follando en silencio.

—¿Cómo sabes que no preferiría yo estar haciendo otra cosa?

Esta vez, Kuésta se cruzó de brazos y lo miró como una niña enojada.

—Conozco tus insomnios y lo que haces cuando no puedes dormir, lo cual es nada. A ver, si tienes que hacer otra cosa, dímela de una vez.

Dézen siguió comiendo, pero antes de terminar, Kuésta quiso ir al baño.

Cuando salió, le pareció que la luz del sol se había vuelto azul por un instante y miró al cielo.

Los demás, ya bien despiertos, habían ocupado su lugar junto a Dézen y habían ya pedido sus platillos. Cuando terminaron de desayunar, Dézen miró a Kuésta y asintió con la cabeza, a lo que ella sonrió triunfante.

Esa tarde volvió a salir Dézen para dejar que los demás hicieran sus cosas, aunque oficialmente estarían tomando todas las siestas que pudieran hasta recuperar seis años de noches en vela. Esta vez no caminó hacia la selva, sino hacia el resto del establecimiento, siempre siguiendo el camino del lago. No le agradaba mucho la idea de tener que encontrarse con otros inquilinos y sus hijos, pero más le aburría hacer lo mismo del día anterior.

Llegó a las cabañas centrales, construidas en tierra firme, y le parecieron mucho más bonitas que las del lago. Pasó por la piscina, donde algunos jóvenes jugaban al voleibol. A su derecha, el lago seguía igual de impasible, si acaso un poco más azul. Enfiló hacia las canchas deportivas y solicitó un balón de baloncesto. No era fan del deporte, pero pensó que aún no era tiempo de volver. Deseó haber al menos llevado su hamaca para colgarla en la zona de los hamaqueros, y su termo de té también se había quedado olvidado. El ejercicio cuanto mucho le haría bien, y con sorpresa descubrió que no tenía mala puntería para encestar.

Si hubieran optado por compartir todos una misma cabaña, ¿habría sido necesario estar ahí ahora, sólo y sudando como nunca lo había hecho? Fue a Kuésta a la primera a la que Genáo le había presentado, apenas un mes antes de conocer a Lía. Se olía en el ambiente que algo había habido entre ellos, pero no tenía tiempo para desperdiciar en conjeturas. Ánke y Lía también se habían visto muy unidos antes de que ésta última consolidara su relación con Genáo, y para ser justos nunca dejaron de verse muy unidos. En un principio pensó que eran hermanos, o hermanastros, siempre apapachándose y riéndose a escondidas de todos. Lo malo de ya no tener que presentar exámenes, ir a las prácticas o preparar una tesis es que de repente regresa todo aquello a lo que no prestaste atención por no ser importante en ese momento. Ahora que todo acabó, que los títulos están impresos y bien resguardados, lo importante es saber qué será de todos. Ese pensamiento le hizo fallar la canasta.

—¡Hey!

Genáo se le acercó riendo, recogió el balón y se lo arrojó.

—Un Dézen aburrido es un Dézen novedoso.

Se posicionó como para intentar bloquearlo. Dézen rebotó el balón varias veces y empezaron a jugar.

—Hoy estuvo muy corta la siesta, ¿no?

—A veces, la necesidad de movimiento le gana al sueño, como parece que te pasó a ti.

—¿Y LÍe? ¿Todavía duerme?

—A veces parece que nunca despierta.

—¿Quieres ir a nadar después?

—No sé nadar, pero puedes meterte tú y yo te miro.

—Ah, no sabía eso de ti.

—Y gracias a que no lo sabías, te puedo dar más sorpresas.

—¿Qué harán LÍe y tú cuando volvamos?

—Queremos viajar a Dyánz a pasar lo que queda del verano.

—¿Y después? ¿Piensan seguir un posgrado? ¿Trabajarán?

—Aún no sabemos de eso, pero tal vez me anime a pedirle que nos casemos.

Dézen se detuvo de repente, jadeando y con las manos en las rodillas, casi sin aire.

—Si quieres mi opinión, amigo, ella no parece de las que se casen. Se ve feliz cuando está contigo, pero tiene algo de distante, y tal vez sólo es una mala idea mía, pero las restricciones del matrimonio no le harán bien.

Genáo se acercó y le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Agradezco cada día más nuestra amistad, pero en todo caso, si resulta que me equivoco y ese no es el rumbo correcto, sólo podremos tomarlo como algo más de lo que reírnos cuando estemos viejos.

Dio un largo vistazo al lago y a la selva del otro lado.

—Si todo sale mal, amigo, y llego al punto de no querer verla nunca más, por cualquier razón, ¿te gustaría volver aquí solos tú y yo?

Dézen se incorporó:

—Sólo si yo no he encontrado a nadie más. Entonces sí.

Genáo rio y se ofreció a ir a regresar el balón. Cuando estaba regresando, vio un rápido parpadeo azul. Se detuvo y miró alrededor.

Capítulo 3

Capítulo 3

Un círculo ligeramente ovalado en la parte de Ánke contenía en medio alimentos altos en grasa y azúcar, bebidas altas en alcohol, y un tablero de damas chinas. Resultando esta vez Kuésta la ganadora alrededor de las once, se decidieron a continuar en el círculo hasta que les alcanzara espacio en el estómago. Genáo había empezado a hablar de la influencia del pensamiento de Ráu Shórsta en la forma en que el danzilmarés moderno evalúa la eficacia de los envoltorios de los alimentos bajos en nutrientes, y tras media hora concluyó que el danzilmarés ha aceptado religiosamente que la viveza de los colores y la representación explícita del producto a medio consumir en la superficie del envoltorio, representa un claro indicio de estímulo engañoso como los falsos gusanos de las lenguas de algunos lagartos, por consiguiente evitándolos y prefiriendo aquellas envolturas minimalistas y olvidables, cuyos contenidos fueran totalmente incógnitos salvo por su anuncio escrito en la parte de adelante.

—Mira, Genáo —interrumpió Kuésta la efusividad del ponente—, una cosa es que nuestra turbulenta historia nos haya acostumbrado a desconfiar de lo aparente, pero otra cosa es ir en contra del código de la naturaleza humana, la cual es débil ante la exageración de los estímulos que en tiempos antiguos eran indispensables y cuestión de vida o muerte. No va el hombre primitivo a preferir el fruto oculto tras abstracciones a la representación real frente a sus ojos y manos.

—Estimada Kuésta, tal parece que tarde te enteras que el danzilmarés ahora más que nunca es el nuevo engendro de la evolución humana, y tales pequeñas pero importantes diferencias con la psique del homo sapiens hará que la isla del moa sea la primera cuna del siguiente homínido en algunos cientos de miles de años. Eventualmente no podremos aparearnos más con los sapiens y querrán conquistarnos, si es que antes no los conquistamos nosotros.

Dijo Dézen:

—Si el homo habilis existiera hoy en día, seríamos monstruos para él.

—Sin duda —dijo Genáo— le aterroraría todo lo que se ha construido con su pulgar tan desarrollado.

Ánke estornudó, y continuó Genáo:

—El danzilmarés es tan indiferente a los cambios que, ante la influencia suficiente, podrían salirnos ojos como los caracoles y en un año se nos habría pasado la sorpresa, y sólo nos quedaría esperar a que también nos salgan pinzas del ombligo...

—Ahí te equivocas —interrumpió Kuésta—. El danzilmarés no sólo sería indiferente, sino que decididamente se aburriría y diría: "bah, sólo son otros ojos, sólo es otro apéndice, sólo es otra cabeza". Se convertiría en un monstruo con el descaro de llamarse humano.

Dijo Ánke:

—La pregunta es ¿quién de entre estos danzilmarese se dignará a cambiar la posición de su cuerpo e ir por las cervezas de la otra hielera?

—¡Ajá! —exclamó Genáo— Para tu mala fortuna, el danzilmarés acepta rápido los cambios que la realidad le imponga, pero no moverá un dedo para cambiarlos por sí mismo.

—Bueno, quién de entre todos nosotros es el menos danzilmarés.

Dijo Kuésta a Líru:

—Uno de tus bisabuelos era chino, ¿o no?

—De Taiwan —corrigió Líru ofendida—, lo mismo pero menos crédulo.

Dijo Dézen:

—La sangre china es buena para derramarse por sueños y esperanzas vanos, de modo que te toca, Líru. Y no me miren así, que ya mucha tierra hemos echado sobre los pobres danzilmarese, algo ha de tocarle a los demás.

—Cierto —dijo Genáo—, un poco de tierra ahora para los musulmanes...

La luna había alcanzado su climax en el cielo, Ánke ya estaba haciendo su crítica sociológica sobre las costumbres gastronómicas de los japoneses, y cuando se apagaron las risas repararon en la larga ausencia de Líru.

Preguntó Ánke:

—¿Tan pesada está la hielera?

—Con Genáo cerca, me sorprendería que quedara una sola cerveza —dijo Kuésta.

—Bueno —Genáo se tronó los huesos de la espalda—, creo que el novio debe ir a ayudar a la novia.

—No, espera —dijo Dézen, poniéndose de pie de inmediato—, déjame ese pequeño ejercicio que ya me piden las piernas. Cargar algo pesado también le caería bien a mis músculos.

Genáo se relajó y echó el cuerpo hacia atrás, sin dejar de sujetar su cerveza.

—Muy bien, amigo.

Dijo Ánke:

—Y además, si fuera Genáo seguro que se guarda la mayoría para él, o por accidente se le caen al lago.

Era la verdad que el paso de Dézen tampoco era el más firme mientras caminaba por los puentes hacia la cabaña de los novios. El homo erectus esta decepcionado, o muy divertido, si viera a sus descendientes usando sus avanzados cerebros para darse el placer de la caminata laxa y despreocupada, ahora que no hay bestias ocultas entre los árboles para castigarlos por su imprudencia. El lago aún estaba ahí, pero los monstruos estaban en la cabeza, no detrás de su húmeda opacidad. Líru estaba de pie mirando hacia el lago, apoyada en el barandal en el que terminaba el corto pasillo a la derecha de la cabaña. La hielera estaba justo detrás de ella; daba la impresión de que Líru en cualquier momento iba a usarla de asiento.

Preguntó Dézen:

—¿Pasa algo?

—Sólo me gustó cómo se veía el lago y la selva.

Era verdad que las siluetas de los árboles parecían bailar ante el escenario estrellado del universo. El agua comenzaba verde y se iba oscureciendo conforme se alejaba de las luces artificiales.

—Si quieres, quédate; yo la llevo.

Dézen ya había levantado la hielera cuando Líru dijo:

—Genáo va a pedirme que nos casemos.

Dézen tuvo el impulso de irse de ahí, pero en su lugar preguntó:

—¿Tú quieres?

—Se escucha muy emocionado cuando me lo propone en sus sueños, pero a mí no me deja dormir. Está todo bien como ahora, ¿no puede quedarse todo así? Sí lo quiero y todo, pero no podríamos esperar más.

—¿Cuánto?

—Hasta que todo sea perfecto. Él, yo, el mundo. Hasta que nada pueda arruinar nada.

—Contéstale que no.

—¿Cómo puedo? Él está contento con la imperfección, vive en ella, siempre asombrado. Yo no puedo.

Dézen se le aproximó un poco desde atrás.

—Líru, ¿te casarías conmigo?

Líru volteó la cabeza como si la hubieran asustado, y vio con confusión y vergüenza al mejor amigo de su novio aún con la hielera en sus manos.

—No —contestó tajantemente, algo agresiva. Si hubiera habido un poco más de luz, Dézen habría visto un ligero asco.

—Contéstale así exactamente.

Y como se le cansaban los brazos, Dézen dio media vuelta y se fue. Líru lo siguió hasta entrar en la cabaña 49. Entonces hubo un parpadeo de luz azul que la hizo volver la mirada hacia el lago. Ahí seguían las copas de los árboles en su danza nocturna.

Ya eran las doce cuando las luces del lago se apagaron. La única luz era la de la luna, las estrellas, las lámparas de la administración, y algunas cuantas desperdigadas entre las cabañas de tierra firme. Dézen y Kuésta se hallaron sentados en la banca frente a la cabaña 49. Ya hace rato que los demás se habían dormido, pues habían cesado los suaves sonidos de la 48.

—¿Trajiste una lámpara? —preguntó Dézen— Si no, no podremos ver qué causó ese ruido.

—Ya te dije que prefiero no verlo —respondió Kuésta, cuya palidez resaltaba en medio de la oscuridad.

—No lo hemos vuelto a escuchar desde entonces. ¿Crees que vuelva?

—Aún si no lo hace, es agradable estar aquí a esta hora. Hace buen viento. No he sentido un viento como éste desde hace años. Es más potente y fresco que el que podía sentir en el campus, pero no tiene la sal ni el estruendo del viento del mar. Es perfecto para mí, no quisiera irme.

—Yo también hace mucho que no siento la noche sobre mí. Para serte sincero, creo que pasarán años para que mi insomnio se cure. Aun ahora mi cuerpo siente la urgencia de sentarse en un escritorio y seguir estudiando.

—Espera sólo al posgrado.

—No quiero volver a pasar por lo mismo. No recuerdo la última vez que pude dormirme plácidamente y despertar de forma natural en la mañana, sin saltar asustado por el despertador y sin prisa por ir a clase. Llevo semanas despertando con la sensación de que debo entregar algo, terminar un proyecto o estudiar. Incluso aquí en el lago, cuando duermo estoy en mi viejo dormitorio.

—No lo notas, pero cuando te duermes tienes el sueño de verdad pesado. Aun si te la pasas horas rodando en tu hamaca, cuando al fin te duermes pareces muerto. Yo, en cambio, no recuerdo la última vez que logré dormir sin antes ver las primeras luces del alba. Pero no te preocupes, soy de sueño corto; desde niña me ha bastado con dormir sólo tres horas.

—Debes aburrirte mucho.

—Ahora sí que ya no hay mucho que hacer. A veces pienso que si algún día evolucionamos para no necesitar del sueño, el exceso de tiempo libre llevará a todos a estudiar alguna otra cosa para pasar la noche. Aumentaría la lectura, el tiempo de aprendizaje de cosas útiles.

—O lo usaríamos para inventar nuevas formas de perder el tiempo.

—Sí, eso también.

Por un minuto, sólo se escucharon grillos y el viento en las ramas, también algunas ranas en la lejana negrura de la selva. Dézen dio otro sorbo a su termo, que ya estaba medio vacío.

—No me preguntaste cómo sé que tienes el sueño muy pesado.

—Di por hecho que tendrías algún método. Tal vez me tocaste la frente, tiraste de mi pelo, o me hablaste al oído.

—Sí, al principio sí.

El calor del cuerpo de Kuésta se sintió mucho más cerca. Su tono está vez más íntimo.

—¿Quieres saber qué hice después?

Dézen se quedó inmóvil ante la cálida voz de Kuésta en su oído. Una de sus manos subió suavemente sobre su muslo.

—Quiero saber qué hicieron cuando fui a buscar la hielera.

Kuésta no detuvo su mano.

—¿Qué quieres saber exactamente?

Ánke estaba sentado con la cabeza asomada por la puerta cuando Dézen regresó. Dézen lo vio meterse de golpe antes de cruzar el puente entre las dos cabañas, y cuando entró estaban los tres riéndose y resoplando nerviosos, cansados y un poco sudados, terminando lo que les quedaba de cerveza.

—Nada.

Kuésta se rio, parecía que algo había vuelto a embriagarla.

—Lo siento, Dézen. No fue mi idea todo esto.

—¿Qué idea?

—Eras el más serio de todos y, pues, no sabíamos cómo podías

reaccionar. Genáo quiso decirte, pero Ánke y Líru no quisieron.

—¿Qué cosa?

—Lo mejor que puedes hacer ahora es olvidar. Ya nos graduamos, quizá sea nuestro último tiempo juntos. Después cada quién irá por su lado y estos años quedarán como un recuerdo. No lo arruinemos pensando en qué pudimos haber hecho y lamentándonos por ello.

La mano se había abierto paso bajo los pantalones de Dézen, y los dedos ya habían creado una imagen mental en la cabeza de Kuésta de lo que había y lo que faltaba.

—A mí no me habría importado incluso entonces, pero Líru casi grita.

—¿Cuándo?

Algo se movió en el lago, produciendo un sonido de madera húmeda contra otra madera húmeda. Kuésta se levantó de golpe y sus ojos se clavaron en la oscuridad debajo de la cabaña. En los ojos de Dézen se formaron animales extraños a partir de las pequeñas y oscuras olas. Se quedaron en silencio por tanto tiempo que Dézen pensó que en cualquier momento amanecería. Sólo la voz de Kuésta rompió el canto de los grillos:

—Vamos a dormir.

Dézen aún seguía alterado.

—No vimos qué fue.

—Ya sé. Es mejor así.

Las piernas de Dézen aún temblaban cuando entró en la cabaña y se dejó caer en su hamaca. Por primera vez en años se quedó dormido casi de inmediato.

Capítulo 4

Capítulo 4

La luz era muy fina cuando Dézen abrió los ojos. Su despertar tranquilo coincidió con unos sonidos de pasos que salían de la cabaña. Su primer impulso fue darse la vuelta y volverse a dormir, pero su cerebro estaba demasiado despierto por tantas imágenes de la noche anterior que se incorporó. Kuésta aún dormía, roncando con un suave silbido. No supo qué le hizo levantarse y dirigirse a la ventana que daba a la cabaña 48, ni por qué sintió que debía mover la persiana sólo lo suficiente para que uno de sus ojos pudiera recibir las luces del exterior. Pero cuando lo hizo, vio claramente como Ánke era recibido por Lía en la puerta, para de inmediato desaparecer los dos tras la misma. Sintió que se caía hacia atrás y se aferró a los hilos de la hamaca. Alcanzó apenas a derrumbarse sobre ella y tuvo la urgencia de hacerse el dormido. Permaneció así por lo que le pareció mucho tiempo, casi sin moverse y con miedo de que su respiración despertara a Kuésta. Tan enfrascado estaba en sus pensamientos que casi brinca del susto cuando escuchó que abrían la puerta. Ánke entró despacio, y Dézen lo escuchó quitarse las sandalias y arrojarlas donde sea. Entonces no pudo aguantar más y se incorporó despacio, como si se hubiera acabado de despertar. Ánke lo recibió con una sonrisa apenada.

—¿Te desperté?

Dézen debió verse algo inquisidor, porque Ánke lentamente adquirió una expresión preocupada.

—No, amigo, justo me desperté.

—Ah, ¿dormiste bien?

—Bastante. ¿Y tú a dónde fuiste tan temprano?

Ánke intentó verse de buen humor.

—No eres el único al que le gusta salir a explorar por ahí.

—¿Por dónde fuiste?

—Por allá, por la zona de la fuente donde están los patos.

Kuésta se movió, haciendo que los dos se callaran, pero no se despertó.

Ánke hizo una señal de silencio, volvió a ponerse las sandalias e hizo gestos a Dézen de que lo siguiera afuera. Dézen también se calzó y, con algo de recelo, lo siguió.

Afuera el sol aún no lastimaba los ojos, en parte porque algunas nubes lo tapaban. Hacía de hecho un poco de frío, pero de todos modos ambos amigos comenzaron a caminar hacia la cafetería.

—Mira, Dézen, hay algo que debes saber, pero antes quiero que me prometas que no le dirás a nadie que yo te lo dije.

Dézen, que caminaba tras él como siguiendo a un guía, contestó:

—Lo prometo.

Ánke permaneció en silencio mientras pasaban la cafetería y cruzaban la zona de canchas. Viraron a la izquierda en la última cancha y se dirigieron

a la fuente, parte de la cual rozaba el final del lago. Cientos de patos se zambullían en sus aguas y se paseaban en el pastizal que la rodeaba. Extrañamente apenas graznaban, haciendo sus aleteos la mayor parte del ruido.

—¿Sabes? Yo vine aquí una vez cuando era niño, y en aquel entonces había sólo un puñado de patos. Pasé casi toda mi estadía observándolos, a tal punto que muchos años después ni siquiera recordaba que aquí había un lago tan grande ni tantas cabañas. Por mucho tiempo recordé este lugar como un parque con patos.

—¿Por qué me trajiste aquí? —esta vez, Dézen se mostraba más confundido que receloso.

—Porque recordar este lugar, esta parte del Parque, disminuye mi miedo a la indiferencia.

La mirada interrogativa de Dézen lo impulsó a explicarse.

—Ya hablamos lo común que es para los danzilmarenes aceptar los cambios y las situaciones extraordinarias con suma facilidad, nuestra impresión o sorpresa rápido se vuelve costumbre y sobreviene la indiferencia. No debemos confundirla con la tolerancia o la normalización de lo extraño; si mañana fuera legal matar, pronto dejaría de ser una sorpresa, pero eso no quiere decir que lo aceptemos o que no nos oponamos, es decir, el danzilmarés es capaz de oponerse con fervor contra lo que es incorrecto al mismo tiempo que es indiferente hacia ello. El danzilmarés dirá: "sí, hoy mataron a otros cinco, qué mal, pero así son las cosas", pero en cuanto esté en su poder revelarse contra esa realidad, apoyará todas las medidas necesarias para acabar con esa situación. Lo siento si te enredo; no soy tan conciso como Genáo. Déjame pensar... A ver. El danzilmarés rápido se vuelve indiferente ante las cosas desagradables, pero no las acepta, por lo que si está en su poder cambiarlas, no duda en oponerse; es indiferente mientras no pueda hacer nada, y en cuanto puede hacerlo, lucha por cambiarlo. ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

—Pues bien, el miedo a la indiferencia es lo que uno siente cuando sí puede cambiar o mejorar las cosas, pero tiene miedo de descubrir que sigue sintiendo indiferencia. Es decir, uno teme seguir indiferente aun cuando es posible oponerse o luchar. Esto lo lleva a uno a no querer hablar o investigar sobre ciertos temas por miedo a descubrir que en el fondo no le importa la situación real, sino que se siente mejor con sus ideas originales aunque haya estado erróneas. Podría resumirlo como el miedo a descubrir que uno no está tan comprometido con la verdad como se creía. Espero no haberte confundido mucho.

—Estoy bien.

—Okey. Entonces, como podrás adivinar, este miedo a la indiferencia no es muy común entre los danzilmarenes porque nuestra historia nos ha acostumbrado a aceptar la realidad, pero también a aprovechar todos nuestros recursos para combatirla cuando sea posible. Pero yo y los demás por alguna razón tenemos arraigado este miedo, aunque no sabría decirte hasta qué nivel los demás también lo tienen, sólo puedo decirte que para mí es prácticamente una fobia.

El sol ya era lo bastante fuerte para empezar a irritar la piel cuando Ánke terminó su explicación. Dézen seguía mostrándose más confundido que fastidiado, por lo que Ánke siguió hablando:

—Verás, tengo pavor a que, tras decirte lo que debo decirte, descubra que en realidad no me importa lo que pienses, lo cual llevaría a que nada cambiara en lo que yo o los demás hacemos, y me da miedo porque no sabría si serás honesto en tu reacción. En el mejor de los casos, no te importará en lo más mínimo y todo continuará como si nada, pero sólo en caso de que de verdad no te importe. Pero si te importa... pues, todo dependerá de qué tanto te importe. Y perdona de nuevo que no vaya al punto, pero debo tener tu palabra de nuevo de que, diga lo que te diga, no obedecerás a tus instintos en caso de que no seas indiferente; prométeme que, en caso de que provoque en ti cualquier tipo de emoción, por más pequeña que fuere, ante los demás actuarás como si nunca hubieras sabido nada, y sólo la tumba te liberará de fingir ante nosotros. Si no lo haces, algo terrible pasará. No sé qué ni por qué exactamente, pero será una catástrofe para todos. ¿Tengo tu palabra, Dézen?

La cabeza de Dézen creía ver que la fuente con los patos daban vueltas a torno a ambos, que el sol de repente oscilaba sobre su cabeza y bajo sus pies, que el lago se desplazaba a su derecha e izquierda.

—Lo prometo —dijo más con la cabeza que con la voz, sin poder evitar pestañear pesadamente.

Ánke se le acercó al oído y susurró.

El Parque del Lago ya no distinguía entre el cielo, el sol, la selva, el lago, la fuente y los patos. Toda esa masa de entidades ocuparon el mismo espacio mientras Dézen se recuperaba de la sorpresa, caído sobre sus rodillas.

¡Ah!, ¡Pero qué hermosa noche despejada y llena de luces! Venid, recién graduados, venid a deleitar las retinas con el espectáculo nocturno, aunque les advierto que si se acercan demasiado al área de las canchas, sus tímpanos podrían sufrir un poco.

Es inaudito, pero también conveniente, que la administración aceptara tal espectáculo propuesto por algunos de los demás visitantes, más jóvenes que vosotros, y por ende aún no tan derrotados. "Está bien, pueden hacerlo si los demás inquilinos no están en contra", les había dicho la administración. Y ahora preparan los encendedores, colocan sus artefactos llenos de pólvora en posición, y empieza la cuenta regresiva.

Explota el negro del cielo en luces más intensas que las de las estrellas a miles de millones de kilómetros de ahí. El ojo además siente más placer ante los colores que ante la oscuridad, y su pronto desvanecimiento casi de inmediato activa el deseo de una nueva dosis.

Ved todos juntos desde las bancas afuera de sus cabañas. Incluso el vecino viejo y robusto sale a contemplar las nuevas luces del cielo,

luciendo los vellos de su pecho. ¿Pero quién de entre ustedes es el que tiene la mandíbula casi desencajada, quién tiene los ojos adormilados, quién se está tambaleando, quién parpadea con fuerza ante cada tronido, quién de repente se siente ciego cuando todas las chispas de colores se transforman en un azul deprimente?

Dézen, tu termo todavía tiene algo de té. Recomiendo que lo vacíes pero no me escuchas.

Capítulo 5

Capítulo 5

El agua verde sostiene su cuerpo abierto ante el delicado sol de la nueva mañana. Rozan en su espalda los tímidos peces que quieren saber si entre sus ropas encuentran un mendrugo comestible, aunque sea de su propia piel muerta o tela desprendiéndose. Se sumerge para empaparse la cabeza y cuando sale lo ve todo azul. En la orilla está Kuésta ondeando la mano. Dézen nada hasta ahí y se seca. Ánke se siente mal, le dicen, no se ha querido levantar ni comer. Sobre el puente chorrea el agua del lago, anunciando con su humedad la precipitación del recién salido del agua. En medio de la habitación se ve una hamaca que envuelve un enorme bulto. A su lado están Genáo y Líru, mirando el bulto sin mucho interés. Kuésta tampoco reacciona ante la absoluta inmovilidad del objeto dentro de la hamaca, pero cruza los brazos y mira con atención.

Dézen es el único que se acerca, no exteriorizando en sus gestos la extrañeza por la casi perfecta solidez de lo que yace en la hamaca. Una mano toma el costado de la hamaca y la abre. Ánke reacciona con un suave gemido como si sintiera dolor al ser descubierto, pero éste sólo le sonrío y extiende las piernas.

—No hay gran problema —dice Ánke con voz murmurante—, sólo voy a dormir un rato más.

Pero Dézen lo detiene de volver a como estaba, pues algo raro ha visto asomarse por debajo de su camisa. Creyó que era una quemadura al principio, pero al tomarle de la camisa para exponerle el abdomen vio más bien una protuberancia negra y muy grande, formando un bulto justo donde debía estar el ombligo. Esa masa reaccionó al ser descubierta retrayéndose un poco hacia adentro del cuerpo.

—No es nada —dijo Dézen.

Volvió a cubrir la masa y propuso que lo dejaran dormir. Todos salieron de la cabaña y caminaron hacia la cafetería para desayunar, sentándose en la misma mesa de siempre.

—En algún momento habrá que comprar más cosas —dijo Lío.

—¿Qué hace falta? —preguntó Kuésta.

—Más que nada, comida para tener en la noche, no estarían mal más cervezas.

—¿No prefieres cenar aquí?

—No tienen buenas cenas, puro pato y pescado.

—Hoy habrá pasta y draóhi.

—La probé el primer día, pero me cayó mal. Estoy bien con unas frutas, nada más.

Genáo se levantó de golpe y dijo:

—Vamos a nadar todos en la tarde.

Todos estuvieron de acuerdo, pero de inmediato Kuésta dijo:

—Ánke se sentirá abandonado.

—No le importará —dijo Dézen.

Y en la tarde se dispusieron a nadar en el lago, pero antes entraron Dézen y Kuésta por sus toallas. Aprovechó el primero para ver cómo estaba Ánke, y al no recibir respuesta volvió a desenvolverlo. Se detuvo cuando lo vio sonriendo con los ojos abiertos, y esta vez la masa del ombligo había crecido tanto que era como si escondiera varias prendas de topa bajo la camisa.

—¿Van a nadar sin mí?

Dézen le levantó la camisa y palpó la masa, ésta intentó esconderse de la mano como la primera vez, pero ahora ocupaba tanto del cuerpo de Ánke que no tenía a dónde escapar.

—Debes descansar un poco más.

—Cierto, cierto. Diviértanse.

Kuésta había visto también la masa negra en el cuerpo de Ánke, pero sólo apuró a Dézen, pues ya escuchaba a los novios chapoteando en el agua. Cuando llegaron, no obstante, los encontraron flotando tranquilamente como Dézen lo había hecho en la mañana. Parecían entre los cuatro como muertos flotando en un río sagrado, y todos habían pensado lo mismo porque sin decirse nada, y casi sin respirar, se dejaron hundir en el agua uno por uno. Cada uno vio al sol tintinear debajo del agua opaca en su camino al lecho del lago. Los cuatro yacieron sobre la arena con la misma pose con la que habían entrado, como dispuestos a dormirse. Entonces algo llamó la atención de Dézen, y volteando hacia la izquierda vio una silueta entre las aguas que se desplazaba hacia ellos, no nadaba, o al menos no hacía los movimientos característicos de ningún ser que nadara, simplemente se acercaba. Dézen fue el primero en quedarse sin aire, por lo que tranquilamente nadó hacia arriba y volvió a llenarse de aire, pero en vez de volverse a hundir empezó a nadar hacia donde había visto a la sombra, sumergiéndose cada tanto para asegurarse de que ahí siguiera. En una de sus inmersiones, se dio cuenta de que por más que avanzara nunca llegaría a ella. Incluso cuando alcanzó los confines del lago vio que la sombra sólo había cambiado de orilla. Y como estaba muy cansado para volver nadando, salió del lago y se encaminó a su cabaña. Cuando llegó, Ánke estaba acostado en el suelo, mojado y con problemas para respirar.

—¿Cómo te sientes?

La masa negra de su cuerpo ahora le llegaba al cuello, y su camisa estaba echa jirones.

—Estoy mejor.

Dézen se sentó a su lado.

—¿Quieres que te traiga algo de comer?

—No, gracias, amigo. No tengo hambre...

Un gemido ahogado lo interrumpió y se llevó las manos al pecho, luego empezó a reírse como si sintiera cosquillas.

—Ya llegó a mi corazón, Dézen.

Dézen tomó su termo y dio un trago.

—Parece que en un rato Genáo va a salir a comprar unas cosas.

¿Necesitas algo?

—Oh, sí, quiero agua, mucha agua, por favor.

—Le diré.

Mientras hablaban, la masa negra estaba trepando por la mejilla de Ánke, el cual seguía riéndose divertido. En eso entró Genáo con Líru y repitió lo que había dicho Dézen de ir a comprar.

—Dice que quiere mucha agua —dijo Dézen, mientras a su lado Ánke seguía abrazándose y riendo.

Genáo se fue y Líe se sentó al otro lado de Ánke. Empezó a hablar:

—¿Sabes? Ahora que tenemos tiempo, hay que aprovecharlo, ¿no?

—¿Aprovecharlo en qué? —preguntó Dézen.

—No sé, en lo que sea, pero antes de que vuelva.

—¿Quieres jugar a algo?

—Sí.

Dézen sacó el tablero de damas chinas y acomodó las canicas para tres jugadores. Ánke movía sus canicas con dificultad, dado que la masa que ahora crecía en su cabeza le empezaba a obstruir un poco la vista. Cuando contra todo pronóstico fue el primero en ganar, dejó de reírse y se tragó una de sus canicas, luego otra, y así hasta que su lugar quedó vacío.

—Este es uno de los mejores recuerdos de mi vida, amigos, siempre lo atesoraré.

El peso de la masa era tal que lo hizo caerse de espaldas. En su cabeza sólo quedaba descubierto un ojo y la boca.

—¿Vas a dormir ahí? —preguntó Líe.

Ánke no contestó, pero volvió a retraer las piernas en posición fetal. Líru se acostó a su lado y lo rodeó con los brazos como a un hermanito que quisiera adormecer. Sus manos tocaron la sólida masa que ahora parecía petróleo cristalizado. Dézen se levantó y salió, pues se preguntaba dónde estaría Kuésta en ese momento. Ella estaba de hecho en la banca en frente de la cabaña, toda mojada y chorreando.

—¿No te vas a secar?

—Me volveré a meter en un rato. ¿Ya se fue Genáo?

—Hace rato.

Kuésta se levantó.

—Entonces hay que aprovechar —empezó a caminar hacia la cabaña, pero de repente se detuvo y volteó a verlo—, tardaremos un rato.

Dézen se quedó ahí sentado, mirando la selva y el lago a través de la cabaña. El viejo robusto pasó caminando a su lado y éste le hizo un gesto de desaprobación. ¿Qué desaprobaba exactamente? Dézen pensó un rato en eso mientras el viejo se zambullía en el lago. Poco después llegó Genáo cargando dos bolsas.

—¿Cómo sigue Ánke?

—Bien, bien. Ahora están los tres en la cabaña.

—Ya veo, están aprovechando.

Genáo se sentó a su lado y empezó a comer unas galletas, que compartió con Dézen.

—Compré una pizza para microondas.

—¿Cuánto fue todo?

—No te preocupes, amigo, yo invito. Además también me estoy hartando del pato y pescado.

Tras acabarse la bolsa de galletas, dejando sus camisas llenas de migajas, Genáo se levantó:

—Creo que ya podemos entrar.

Dézen lo siguió hasta la cabaña, y cuando abrieron la puerta vieron sólo una masa sólida casi totalmente oval en medio de la habitación. Líru y Kuésta estaban sentadas a cada lado, recargando sus cuerpos contra ella. Genáo dejó las bolsas en la mesa y se acercó a la masa.

—¿Cómo sigue?

—Está bien —dijo Líru, algo somnolienta.

Genáo le dio la vuelta hasta que descubrió que la boca y el ojo seguían descubiertos, como una mariposa que hace un agujero en su capullo antes de tiempo.

—¿Quieres agua, amigo?

—Sí, por favor.

Genáo le hizo beberse dos de las botellas que había traído. Intentó hacer que comiera algo, pero Ánke se negó. Luego prepararon la pizza y comieron mientras jugaban otra partida de damas chinas, dejando a Ánke en el suelo descansando. Rato después, los novios volvieron a su cabaña, y Kuésta decidió que era hora de dormir.

Dézen se durmió rápidamente, pero pocas horas después lo despertó un grito intenso y agónico. Se dio la vuelta para intentar seguir durmiendo, pero el grito cada vez era más tortuoso, por lo que se levantó y prendió la luz. Ánke seguía lanzando alaridos dentro de su capullo negro cuando Dézen se sentó junto a él.

—¿No puedes dormir? —preguntó Dézen.

—No hay necesidad de dormir ahora —dijo Ánke, que había vuelto a sonreír.

—¿Quieres agua?

—No, gracias, amigo.

—¿Quieres que intente meterte en tu hamaca?

—No es necesario. Aquí estoy muy cómodo.

Durante varias horas, Ánke siguió gritando y gimiendo en agonía. Dézen se quedó a su lado viendo al cielo por la ventana y preguntándole de tanto en tanto si necesitaba algo, a lo que Ánke siempre se negaba. En cierto momento, la curiosidad le ganó a Dézen, y preguntó:

—Entonces, ¿qué sentiste?

—¿Cómo?

—Cuando me hablaste junto a la fuente. ¿Sentiste ese miedo a la indiferencia? Si es así, lo siento si mi reacción te lo provocó.

Desde el suelo, Ánke lo miraba abriendo muy grande su único ojo destapado.

—Descuida, mis tontos miedos no son tu culpa.

—¿Pero tuviste ese miedo?

Ánke empezó a sollozar, lo que luego se volvió un llanto como si uno de sus padres hubiera muerto.

—¡No fue mi culpa, Dézen! —gritó.

—¿Qué no fue tu culpa? —preguntó Dézen, tras bostezar.

—¡Nada!

Ese último grito fue tan fuerte que Dézen supuso que se había escuchado en todo el lago, pero afuera todo seguía dormido, así como Kuésta.

—Lo siento, Dézen, no debí gritarte. Deberías volver a dormir.

Dézen se acomodó más en la silla y siguió contemplando al exterior.

—¿Vendrás a nadar con nosotros mañana si te sientes mejor?

—Ahora tengo miedo de nadar.

—Mañana quizás...

—Me ahogaría...

Un repentino dolor le hizo dar un alarido.

—¿Quieres agua, o comer algo?

—No importa, nada importa, nadie me importa. Sólo duérmete o sigue mirando la noche, pero no me preguntes si quiero algo.

Entonces empezó a toser, lo que luego se convirtió en arcadas cada vez más fuertes. Dézen vio cómo desde adentro de su boca aparecía la masa negra, la cual engulló sus dientes y sus labios hasta cerrar por completo el agujero de la boca. El único ojo seguía muy abierto en una expresión de dolor y asombro, moviéndose de un lado al otro.

—¿Sabes a qué le tengo miedo yo?

Pero de Ánke sólo salían sonidos sin palabras, no pudiendo hacer más que mover su ojo vertiginosamente hacia todos lados, como si la pupila intentara escaparse del cuerpo.

—Las sombras, pero sólo si se distingue bien alguna forma, si no, no me importa.

El ojo parecía estar siendo empujado desde abajo, casi saliendo del agujero de masa sólida.

—Cuando estábamos en el campus, a veces veía sombras en tu ventana, y se distinguía todo, amigo, o casi todo, así que sólo estaba medio aterrado.

El ojo finalmente se rompió desde adentro, y brotó una fuente de esa misma materia sólida que terminó por tapan el agujero. Todo ese cuerpo negro, casi oval, empezó a retorcerse como un polluelo desesperado por romper el huevo. Dézen recordó haber leído que una gran cantidad de aves mueren por no poder salir de su huevo, e intentando recordar más detalles siguió contemplando esa masa moviéndose y lanzando gemidos sordos por un rato, hasta que finalmente se detuvo y se calló. La mañana estuvo a punto de despuntar cuando la masa empezó a desinflarse. Dézen regresó a acostarse en su hamaca e intentó dormir. Durante los siguientes minutos previos a la salida del sol, la masa perdió su volumen y dureza hasta quedar como una pelota desinflada totalmente vacía por dentro.

Capítulo 6

Capítulo 6

Si le hubieran dicho a Lía que ese día iba a despertar con una masa negra en el ombligo, quizás no hubiera intentado apretarla con un dedo, incitándola a moverse como gelatina, pese a su inusual dureza al tacto. Se levantó de la hamaca, en la que aún dormía Genáo, y fue al baño a acicalarse. Su cabello tardaba en peinarse a satisfacción dado lo largo y rizado, y perdía tantos pelos en el proceso que desde niña tenía miedo de quedarse calva algún día. La masa extendió un apéndice hacia arriba, adentrándose en medio de sus pechos y saliendo hacia el cuello como una corbata. Para cuando Genáo se despertó, esta corbata le rodeaba el cuello.

—Parece un collar de perro —dijo Lía sin importarle las risas de Genáo. Al salir, los estaban esperando Dézen y Kuésta. Esta última quejándose de que no pudo dormir bien, tampoco despegaba las manos de los hombros de Dézen. Los cuatro desayunaron y jugaron en la cancha de basquetball un rato, luego jugaron con los patos de la fuente y nadaron un rato en el lago. Pero para cuando terminaron eran apenas las cuatro de la tarde y el día se sentía interminable.

—Voy a echarme una siesta —dijo Genáo, había algo de sospechoso en esa declaración, como el patrón que sabe que sus sirvientes harán un desastre apenas se marche, pero que lo hace de todos modos.

Kuésta también decidió irse a dormir, pero a diferencia de Génao, ésta no anunció su retorno a la hamaca sino que sólo desapareció. Quedaron solos Dézen y Lía en las bancas junto a la cafetería, de frente al lago. La masa no había avanzado tanto desde la mañana: sólo le había crecido un cuello de tortuga y unas mangas cortas.

—¿Seguro que no quieres ir a dormir? —preguntó Lía.

—No tengo sueño.

—¿Crees que ambos estén durmiendo de verdad, o que estén aprovechando?

Dézen arrojó una piedra al lago. Ahí donde cayó la piedra, el verde pantanoso dejó ver un pequeño agujero de transparencia para volver a cerrarse tras unos segundos.

—¿Rechazaste a Genáo?

—No me ha dicho nada todavía. Aún no sé cómo hacerlo.

—Años antes de entrar a la universidad tuve una novia, ¿lo sabías?

—Genáo me contó algo.

—¿Qué te dijo?

—Que ambos eran muy complicados y querían cosas que el otro no quería.

Otra piedra abrió un agujero en el lago.

—¿Te dijo algo concreto?

—Que tú querías saber demasiadas cosas de ella, como su comida

favorita, sus gustos en películas, sus pasatiempos, cómo era su relación con sus padres o si se sentía satisfecha consigo misma. Pero todo eso era demasiado personal para ella, aun para compartir con un novio.

—Sí, quería que todo fuera secreto, y a mí me gusta saber.

—Supongo que por eso cortaron.

—En realidad nunca cortamos. Una noche platicamos de la diferencia entre los ratones y las ratas por teléfono, colgamos y nos fuimos a dormir, y simplemente no volvimos a hablarnos: no tuve el impulso de volverla a llamar al día siguiente, ni ella a mí. No me sorprendería que, de volver a encontrarnos, siguiera nuestra relación normal, como si no lleváramos siete años sin vernos.

—Para ustedes fue tan fácil. Yo no sé cómo provocar un cambio parecido.

—¿Por qué no sólo te vas? Párate al lado de la carretera y pide un aventón. Regresa a tu casa y no lo vuelvas a contactar. Estoy seguro de que él no intentará ir por ti después de darse cuenta.

Líe se levantó mecánicamente y se dirigió a la salida del Parque del lago, siguiéndola Dézen por detrás. Se detuvieron en la parada de autobuses justo fuera del estacionamiento, pero no se sentaron en las bancas vacías. Para este momento, la masa en el cuerpo de Líe ya le deformaba la espalda y su caminar era jorobado; sus brazos habían adquirido el grosor de los de los gorilas, y su cintura ahora era casi totalmente esférica.

—Yo creo que sí están aprovechando el tiempo —dijo Dézen.

—Aléjate de mí —murmuró Líe, pese a que Dézen no se encontraba cerca de ella.

—Supongo que fuiste la que más se espantó.

—No me dio tanto miedo sino asco.

—No te opusiste.

—No sabía lo que pasaría.

Un autobús se detuvo y la puerta se abrió justo frente a Líe, ella dio un largo vistazo al interior.

—Lo siento si mi reacción no fue la correcta, pero uno no puede controlar su propio estómago. Tu novia, aunque nadie me lo haya dicho, estoy segura de que se sintió igual pero no quería decirte nada, se estuvo aguantando por mucho tiempo el deseo de dejarte y se alegró cuando no volviste a llamarla. ¿Quieres saber algo? ¡Genáo la contactó después de eso! No sé cómo, pero la encontró. Nunca me quiso decir qué se dijeron exactamente, pero estoy segura, Dázen, de que no le importabas.

La puerta del autobús se cerró, y éste se alejó. Dézen miró su reloj y vio que eran ya las seis y media.

—Ya habrán despertado los dos, o terminado lo que sea que hicieran.

Querrán jugar a las damas chinas. ¿Regresamos?

—Sí, yo también quiero jugar.

Durante el camino de regreso empezaron a salirle protuberancias puntiagudas en la espalda a líe. Una de las piernas quedó tan torcida por el peso de la masa que tuvo que apoyarse en Dézen para no perder el equilibrio, y parte de su boca estaba oculta por una película viscosa y timpánica. Genáo les salió al paso desde la cabaña 49 y recibió a su novia como a una princesa, besándola y abrazándola casi al punto de ponerse a

bailar un vals inaudible.

—Estoy de muy buen humor —dijo Genáo—, vamos a jugar y beber un poco en nuestra cabaña, ¿sí?

Dézen aceptó, y rato después se les unió Kuésta con algunas cervezas y el termo de té de Dézen. Poco antes del anochecer ya estaban jugando.

—¿Cuánto te queda de té? —preguntó Genáo.

—Unos cuantos tragos.

Kuésta irrumpió:

—No dejabas de decir que te la pasarías durmiendo todo el tiempo que estuviéramos aquí, pero ni una siesta te echas durante el día.

—Eso dije, pero creo que el lago me mantiene más despierto de lo que creía.

—¿Fuiste de vacaciones alguna vez con tu novia? —preguntó LÍe de repente.

Dézen lo pensó un poco.

—Una vez nos quedamos hospedados en un hotel de Shórsta por unos días, pero íbamos con mis padres y no pudimos estar solos.

LÍe dejó estallar una rápida risa.

—Pero sí nadamos juntos, y hubo un espectáculo de sombras. Sí, era uno de esos teatros de sombras que contaban cuentos. Uno de los personajes estaba muy deforme, muy horrible y salvaje, había caído de un meteorito y por eso le temían, pero acababa salvando a todos de no sé qué cosa, típico de cuentos tradicionales.

—¡Era el Rínfel! —Kuésta casi salta de su lugar— La mítica criatura negra que cayó del cielo.

—No recuerdo esos detalles.

—Pero yo sí estudié mucho esos relatos folclóricos. El de la obra que viste debía ser de las versiones benignas. Hay otras versiones en las que el Rínfel es un monstruo carnívoro que usa los cuerpos de los humanos para gestarse a sí mismo.

—Oh, oh, sí, lo he escuchado —dijo Genáo—, es el que es como un gato gigante con trompa de elefante.

—Según varias versiones de la leyenda, como cuenta la obra que vio Dézen, el Rínfel se aparece en zonas de Danzílmar donde cayeron meteoritos, que en tiempos antiguos eran considerados devastaciones demoníacas enviadas por Lokáílora. También se le consideraba la entidad maligna responsable de las malformaciones de los bebés, o en general de todas las deformidades que perturban a la forma humana y la vuelven monstruosa.

Genáo de repente se quedó paralizado:

—¿No... no estamos nosotros ahora mismo en una zona impactada por un meteorito?

—En efecto —dijo Kuésta, con aire de importancia—, hace miles de años un meteorito impactó esta misma zona donde se creó el Parque del lago.

—Entonces el Rínfel podría estar entre nosotros ahora —dijo Genáo pretendiendo sonar tenebroso.

—¿Cómo acabamos hablando de esa cosa? —preguntó Dézen.

—Estábamos hablando de tu novia —dijo LÍe, y todos voltearon a verla.

Era una bola llena de brazos y piernas que salía por todos lados, también estaba llena de dientes como perlas adornando una poza de petróleo. Su cabeza y cabello aún estaban mayormente descubiertos, pero la membrana que le cubría la boca opacaba mucho su voz.

Dijo Genáo:

—Ah, pobre Dézen, obligándolo a recordar momentos nostálgicos y ni siquiera podemos mantenernos en el tema antes de empezar a hablar pavadas.

—¿Podemos terminar el juego? Te toca a ti mover, Kuésta.

Kuésta hizo su movimiento, pero de inmediato contestó, contrariada:

—Podemos hablar de tu novia o del Rínfel con juego o sin él.

—No es interesante hablar ni de lo uno ni de lo otro.

—¿Y cómo se manifiesta el Rínfel? —preguntó Genáo, mientras el juego seguía.

—En algunas versiones, acecha a sus presas como un tigre en la selva. En otras versiones, confunde a sus víctimas haciéndolas alucinar que no está ahí.

—¿Cómo así?

—Se hace invisible e indetectable mientras elige a un huésped en el que gestar su forma física. Pero incluso cuando nace manipula la percepción de todos, de modo que se alimenta de cualquier ser vivo sin que nadie siquiera crea que algo malo está ocurriendo.

—No soy fan de las leyendas con criaturas infalsables —dijo Dézen.

—Obviamente era una invención para intentar explicar porque a veces aparecía gente muerta y a nadie parecía preocuparle —dijo Genáo.

Líe lanzó un gemido de dolor. Durante el transcurso de la plática, su piel se tornó gris, sus ojos se agrandaron y amarillentaron con una enorme pupila de color marrón.

—¿Tienes sueño? —preguntó Genáo, sonriendo.

—Un poco —la voz de Líe sonó áspera, sin apenas mover los labios.

—Hablemos de otra cosa —dijo Dézen.

—¿Alguna vez te follaste a tu novia? —la pregunta de Líe fue seguida de una larga sesión de risas.

Genáo la acompañó riéndose, intentando encontrarle la gracia pero más que nada viéndose apenado. Kuésta le lanzó una mirada enojada, pero no hizo más que no volver a dirigirle la palabra ni la mirada. Líe aún se reía con fuerza cuando Dézen contestó:

—Sí. Aunque no lo creas, sí lo hicimos.

La repentina decepción apagó la risa de Líe, que se recostó de lado dándole la espalda, gruñendo insultos que no llegaban a ser muy claros. Tambaleándose por la excesiva inactividad, Dézen y Kuésta salieron de la cabaña 49. Genáo los despidió intentando mostrarse de buen humor, suponiendo que con esa actitud quedaría clara la mera intención bromista de su novia, sin mala fe detrás de su actitud.

Kuésta, aún enojada, entró rápidamente a la cabaña 48. Dézen no hizo nada por apresurarse a entrar, más aún, decidió esperar un rato en la banca frente a su cabaña. Desde ahí vio ambas luces apagarse, y antes de darse cuenta, la mayoría de las luces del Parque del lago se habían

apagado o atenuado, como si tuvieran su propio atardecer que nunca se terminaba durante toda la noche. En la semioscuridad apareció el mismo viejo robusto, que sin reparar en Dézen se adentró en el lago para dar una nadada nocturna. Entre los sonidos del viento entre los árboles y las brazadas y salpicadas del viejo en el oscuro lago, Dézen creyó escuchar un lamento grave, al principio gutural como si el atormentado tuviera la boca cerrada, pero luego empezó a salir más aire, y en la subida de intensidad y claridad pudo deducir cuánto se iba abriendo la boca con cada emisión. El viejo seguía nadando casi invisible en el lago oscuro mientras los gritos, como de un parto especialmente problemático, salían claramente de la cabaña 49, y tan convincentemente parturientos eran, que por un momento creyó que el viejo se había detenido a escucharlos, pero en seguida su sombra volvió a desaparecer bajo el agua. Dézen no se dio cuenta de cuando se quedó dormido; uno de los brazos de concreto de la banca le servía de almohada, y los pies cómodamente apretados contra el brazo contrario. Se despertó por unos segundos entrada la madrugada, cuando escuchó el agua chorreando del cuerpo del viejo, el cual le pasó por en frente y lo miró con desaprobación.

El sol sobre sus ojos lo despertó definitivamente unas horas después. La mañana ya había despuntado y todo había vuelto al silencio habitual. Tras bostezar y darse cuenta de dónde estaba, se levantó y se estiró para desentumirse. Se dispuso a entrar en su cabaña, pero recordando lo sucedido la noche anterior, se desvió por el puente que llevaba a la cabaña 49. Tocó la puerta tres veces, y pese a no encontrar respuesta, entró. Se veía a Genáo durmiendo plácidamente con la cabeza y un brazo colgándole por un lado de la hamaca. Junto a él, en el suelo, había una masa llena de extremidades negras y espinosas, la mayoría moviéndose como plantas al viento, y otras inmóviles como esculturas. Con una mano le dio la vuelta a la masa a fin de encararla. El cuerpo de LÍE se balanceó como una tortuga volteada, quedando boca arriba. Los ojos se habían proyectado hacia afuera, empujados desde abajo por la materia negra; una tortuga volteada con ojos de caracol. La boca había descendido hasta el cuello, y la poca piel que aún mantenía su color original palpitaba, rompiéndose lentamente desde adentro antes de ser cubierta por una nueva costra negra.

—¿Dormiste bien, LÍE? —preguntó Dézen, no sabiendo si sus oídos aún funcionaban debajo de la costra.

La voz que respondió de la boca en el cuello era grave y ronca, pero aún conservaba gran parte del timbre y modulaciones propias de LÍE:

—¿Por qué no entraste a tu cabaña? ¿Por qué pasaste la noche afuera?

—Estaba pensando en una respuesta mejor de la que te dije.

Los ojos de caracol enfocaron su pupila café sobre él.

—Te menté en parte. Ella quería, pero yo tenía miedo. Pensé que si la hacía terminar rápido con mis manos y boca, se quedaría satisfecha. Pero ella también quería hacer algo. Finalmente la dejé intentarlo, pero no tengo que decirte que al final decidió que no podía hacer nada. Esa fue la última vez que nos hablamos, sin terminar nuestra relación formalmente. La boca en el cuello de LÍE volvió a sonreír, dejando ver que aún mantenía

todos sus dientes. Volvió a reírse como la noche anterior, cuando esperaba un no por respuesta.

—Yo también tengo algo que decirte, amigo: la foto probablemente aún exista. No estoy segura, pero la última vez que hablamos de ella, todos afirmamos haberla borrado, todos menos Kuésta, ella no dijo nada, sólo se hizo la tonta y se fue.

Volvió a reír por un rato más hasta que un repentino ataque de tos la hizo callar. Dézen se sentó a su lado, sin mirarla.

—¿Por qué no huiste? —preguntó de repente— Podrías haberte subido al autobús, irte caminando. En realidad no planeas dejar a Genáo, ¿o sí?

—No podía dejarlo todavía.

—Lo dejarás apenas pida tu mano, o días antes de eso. Genáo no sabe controlar sus ansias; una semana antes estará delatándose por todos lados; todo el mundo sabrá que lo hará aunque no lo conozcan.

—Lo dejaré cuando yo lo decida, no cuando a ti te parezca bien.

Para este punto, Lía tosía más de lo que hablaba; una oración le costaba casi un minuto para terminarla.

—Como sea —dijo Dézen—, creo que volveré a dormir un rato, esta vez en la cabaña.

Pero antes de levantarse, Lía siguió hablando:

—¿Sabes algo, Dézen? En realidad no me caes mal, aunque a veces parezca que no quiero estar cerca de ti. Siempre fuiste un buen amigo y una persona interesante. Lo siento si te di a entender que no me agradabas. Es sólo que no quería que los demás tuvieran ideas equivocadas, no quería que hicieran nada raro...

Le sobrevino otro ataque de tos.

—Discúlpame, fui yo la que tuvo la idea original, pero después no quise, tuve asco, me rehusé y te traté como un enfermo...

La fuerza del siguiente ataque de tos le hizo vomitar más de esa materia negra.

—Antes de que acabe el día, quiero que me perdones.

No obstante, el hambre de la mañana obligó a Dézen a irse, y cuando se satisfizo con una ensalada recalentada de la cafetería, se encontró con Genáo en el camino de vuelta.

—Ey, Dézen, tu siempre tan madrugador incluso en tiempos de paz. En cambio yo apenas me siento un poco libre e hiberno como oso.

—¿Vas a desayunar? Te acompaño.

—No, amigo, leo en tu cara que tienes deseos de hacer otra cosa. No te sacrifiques por mi pereza —tras lo cual se alejó.

Dézen se quedó las siguientes tres horas sentado sobre uno de los puentes, metiendo los pies en el agua. Kuésta pasó caminando detrás de él, pero no le dijo nada y ni siquiera comprobó si siquiera lo había volteado a ver. Cuando se cansó de estar sentado, regresó a la cabaña 49. Lía era una estatua estática, estaba igual excepto porque ahora no había rastro de piel humana en ella. Los ojos de caracol se habían paralizado mirando hacia el techo; la boca en el cuello aún mantenía sus dientes, y se había quedado entrecerrada. No había manera de saber si se daba cuenta de la presencia de Dézen. Éste se volvió a sentar a su lado.

—Está bien, te perdono.

Líe permaneció igual. Dézen se acostó en la hamaca para paliar su necesidad de un lecho suave, tras resentirse su cuerpo durante todo el día del duro concreto de la banca. Durante las siguientes dos horas, el cuerpo de Líe fue lentamente desmoronándose como una ciudad que lleva décadas abandonada, hasta que no queda ningún edificio de pie ni construcción reconocible como humana.

Capítulo 7

Capítulo 7

Por primera vez en ese verano caía lluvia en el Parque del Lago. Las nubes taparon el sol creando una noche precoz. La electricidad tuvo que ser cortada debido a la intensidad de los rayos, que tanto se oían lejanos sobre el cielo como a sólo unos metros del lago. Los relámpagos apenas filtraban destellos de luz por debajo de la puerta de la cabaña 48, las ventanas crujían por el azote del fuerte viento, un concierto de percusiones de madera acompañado por la lluvia y ornamentado por intensos truenos. Una de las ventanas sonaba especialmente fuerte, producto de un pasador que luchaba contra todos los años que traía encima.

Vosotros tres intentabais jugar su acostumbrada partida de damas chinas, pero la poca luz que apenas lograba brillar en las canicas cristalinas apenas les dejaban distinguir algún matiz de color, por lo que, tras tantos errores en la identificación de vuestras propias canicas, decidisteis mejor guardar todo y acomodaros en vuestras hamacas a fin de intentar dormiros.

A ti, Dézen, la constante percusión del pasador de la ventana te mantenía tan alerta y sobresalía tanto de los demás sonidos que creíste que no podrías dormir, pero con perseverancia mantuviste los ojos bien cerrados y cansaste a tu mente con tantos pensamientos que creíste haber logrado dormirte, pues por un rato muy largo no oíste el rugido de ningún trueno ni del pasador, ni viste el chispazo de ningún relámpago, pero no, la tormenta sólo os dio un pequeño respiro antes de volver con todos sus instrumentos. Entonces sentiste frío y fuiste a buscar una sábana a tu maleta, con ella te hiciste crisálida y esta vez sí dormiste un rato hasta que sentiste un cuerpo abrirse paso en tu hamaca e intentar acomodarse junto a ti. Escuchaste:

—Oye, hazme espacio; tengo frío.

Reconociste la voz y el aroma femenino de Kuésta. El viejo pasador seguía crujendo.

—¿No trajiste una sábana?

—No pensé que se pondría tan feo el tiempo. Anda, déjame espacio; me muero de frío.

Tras algunas contorsiones incómodas, por fin lograsteis formar un capullo con dos orugas adentro, quedando en el proceso torso a torso, tu barbilla por encima de la cabeza de Kuésta. Así os quedasteis por horas sin hablaros, durmiendo y despertando de tanto en tanto para preguntarse si estabais dormidos, para sólo responderos que no. En uno de tus momentos de oscura vigilia sentiste un bulto duro tocándote el abdomen, el cual a su vez se movió cuando lo encontraste con tu mano; era redondo y amplio como un plato, de inmediato seguiste su forma hacia arriba hasta encontrarte con uno de los senos de Kuésta, ésta se movió y emitió una

risa.

—¿Estás bien?

—Sí, pero me diste cosquillas.

—Lo siento.

Intentaste apartar tu mano, pero Kuésta impidió su huida, dejándola entre su seno y la masa debajo de él.

—Estás enferma.

—No me siento muy bien, pero tampoco me desagrada estar así.

—Oye, ¿qué planeas hacer cuando volvamos?

—Supongo que seguir con un posgrado en cultura antigua, ¿no te lo había dicho ya?

—No lo recuerdo. ¿Te irás a otra ciudad?

—Creo que sí, pero probablemente no me vaya muy lejos. Quisiera poder volver seguido a Yelí, me daría mucha nostalgia irme.

—¿Regresarás un día a Útod?

—Tal vez, si me aburro de Yelí o de otro lugar.

—Pensaba que preferirías estar en un lugar con mucho más folclor y leyendas.

—El folclor de Útod nunca me pareció muy interesante; casi todo es o muy sangriento o muy político, pero a mí me gustan más otras cosas.

—¿Como qué?

—Prefiero lo que la gente suela pasar por alto; no me gusta ignorar las cosas sólo porque no son muy populares. No sé, sólo me emociona investigar y saber sobre cosas que a pocos les importe o recuerden. Las leyendas de Útod las conoce todo el mundo; no es emocionante.

—Por eso te emocionaste tanto cuando mencionaste al Rínfel, ¿verdad?

—La verdad sí; ahora que he estado pensando más en él, creo que debería hacer algo al respecto. ¿Sabes? Una de las razones por las que el Rínfel no es más popular es porque, según las leyendas, él mismo hace que su presencia no nos importe.

—Sí, algo así dijiste.

—¿Qué hay más emocionante que un misterio que quiere evitar ser descubierto? ¿Qué habrán atestiguado los antiguos para llevarlos a inventarlo?

Empezaste a zafarte del capullo, y lo aflojaste hasta que pudiste salirte de él. Cada vez te molestaba más el oxidado sonido del pasador de la ventana aporreándose.

—Tengo sed, ya vuelvo.

Casi totalmente a ciegas fuiste a la mesa a por un trago de tu té, que ya casi había perdido su calidez y sabor. Un repentino relámpago te hizo ver sobre la mesa el celular de Kuésta, para volver a desaparecer en la penumbra, pero tus ojos ya acostumbrados a la escasa luz lograron divisar la forma rectangular. Tu mano se apoderó de él y la luz repentina del reloj casi te deja ciego, pasaste tu mano sobre la pantalla táctil, pero tenía contraseña. Te quedaste ahí con el celular en la mano, pues tus ojos empezaron a agradecer aquella nueva luz. No te diste cuenta de que Kuésta también la veía.

—Oye, tráeme mi celular.

Volviste a tu hamaca, le diste su celular y volviste a envolverte en el capullo de tela. La masa en el cuerpo de Kuésta se había hecho más grande y apenas podías sentir sus senos con tu torso. Kuésta se puso a ver algo en su celular, y al reflejarsele la luz en la cara notaste que tenía gruesas manchas negras desde la frente hasta la barbilla, uno de los ojos ligeramente más grande que el otro y la nariz prácticamente hundida en la cabeza, tapada por una película negruzca que se movía con su respiración. La luz irónicamente empezó a adormecerte, incluso te hizo olvidarte del insoportable ruido del pasador de la ventana, pero poco antes de quedarte dormido, la escuchaste soltar risas suaves, iliminándosele el rostro y volteando a verte emocionada.

—¿Quieres ver una cosa?

Sin que respondieras, volteó la pantalla del celular hacia ti y observaste.

—Fui la única que no la borró. Iba a ser una broma, pero después todo se salió de control. Discutimos largo tiempo pero yo era la única que no estaba aterrada; al contrario, me sentí más emocionada. ¿Cómo habrían sido las cosas, Dézen, si los demás no hubieran sucumbido al asco, a la lástima, a la culpa?

Una mano con todos los dedos fuera de lugar se arrastró bajo tu camisa, y pese a estar cubierta por la masa negra, no había perdido aún su calidez humana.

—Nadie empezó, nadie lo terminó, sólo dejamos que todo naciera, que todo creciera, que todo se extendiera, y nadie dijo nada, nadie corrigió nada, nadie se retractó de nada. Pero entonces: "hay que unir a Dézen", y luego: "es imposible que se nos una", pero yo: "sí deberíamos dejarlo", y alguien: "si él entra, yo me voy", y nadie me apoyó y acabé cediendo. La mano baja y se adentra. La deformidad encuentra a la otra deformidad. El viento hace salir del viejo pasador de la ventana un rechinado aún más fuerte que los anteriores.

—Pero siempre quise, te lo juro. Mañana haré que te nos unas, te lo aseguro. Ya no habrá más excusas.

—Ya quisiera dormir.

Kuésta apartó el celular y hundió su cara deforme en tu pecho, desde ahí la escuchaste seguir riendo, y a juzgar por su risa, la masa ya estaba invadiendo su garganta y nariz, haciéndola sonar atragantada y constipada. Tus manos viajaron por su cuerpo cada vez más grueso, raso en algunas zonas donde la piel se iba endureciendo, espinosa en otras zonas donde antes debía ser carne suave. La mano que se asía a ti ya no tenía palma, los dedos estaban hundidos y las uñas flotaban sobre la poca carne que quedaba, pero pese a todo seguía posesiva y muy cálida, hasta el punto que tu propia sangre empezó a acumularse haciéndote ocupar más espacio. Kuésta ahora quería carcajearse pese a estar asfixiándose. El polvo oxidado del pasador era visible con sólo escuchar el incansable traqueteo.

—¡Lo sabía, lo sabía!

Y lo que había sido su mano se movió con más energía.

—Siempre quise saber, me encanta saber. Este misterio está resuelto. Entre los truenos y la lluvia que percute sobre vuestras cabezas, escuchas

el profundo ronquido de Genáo, que casi te parece una palabra sin significado.

—Deberíamos parar.

—¿Ahora? No, Dézen. Aún quiero resolver un misterio más antes. Por favor, déjame intentar resolverlo.

Ahora se aferró contra ti con lo que antes habían sido brazos y tu boca sintió el agujero que había sido una boca. Tus manos ya no sabían qué había sido lo que ahora tocaban, no sabían dónde comenzaba una pierna y terminaba la rodilla, dónde estaba un hombro, si lo que parecía un seno no era en realidad un codo, si tocaban la espalda o la barriga. Kuésta ahora hablaba con los labios paralizados en una gran apertura; si no hubiera estado tan oscuro, o si los relámpagos hubieran sido lo suficientemente fuertes, no habrías visto ahí más que una lengua ágil articulando lo mejor que pudiera:

—Sólo un poco más. Puedo hacerlo, estoy segura de que es posible.

Un repentino golpe de viento terminó por vencer la poca fuerza del pasador. Éste salió volando y cayó al suelo bajo la hamaca donde estabais los dos. El intenso soplado que entró por la ventana abierta zarandeó todo lo que no tuviera una consistencia firme o estuviera pegado a alguna superficie. Entraron disparadas hojas y agua fría, y como queriendo entrar también en la cabaña, los truenos y relámpagos se intensificaron, dejando muda a tu garganta mientras por breves instantes quedaba iluminada tu mandíbula abierta, y también fueron visibles, como en una sesión de fotos, los ojos de Kuésta ennegrecidos y endurecidos, lejanamente separados por la puntiaguda protuberancia en que se había convertido su nariz, su lengua en forma de lombriz que se asomaba por un agujero casi totalmente redondo e imposible de cerrar, el brillo de su nueva piel negra de petróleo sólido.

Pero justo después la fuerza de la naturaleza quedó satisfecha. Alguien desde lo alto había apagado el interruptor de la lluvia, del trueno, del relámpago y del viento, sólo dejando las frondosas nubes entre la tierra y el sol. En la súbita calma, sólo la risa jadeante de Kuésta era audible, y tanto te habías acostumbrado al ruido que su abrupta terminación hizo sonar la risa de Kuésta mucho más fuerte de lo que en realidad era.

—¡Lo descubrí! ¡Tenía razón!

Tu jadeabas y resoplabas con los ojos cerrados.

—Todos decían que no podrías, pero yo sabía que sí. No hay duda ya de que dejarte fuera fue un error. Pero no te preocupes, mañana mismo lo solucionaremos, te lo juro.

La nueva forma de Kuésta quiso levantarse de la hamaca, y lo hizo despacio y con cuidado para no perturbar tu descanso, y tanta falta te hacía que apenas notaste cuando estuvo totalmente afuera.

—Duerme, Dézen. Duerme para recuperar el tiempo perdido.

Su voz estaba tan ronca y grave que bien habría pasado por un hombre grande, moribundo por alguna grave afección pulmonar. Con lo poco que te quedaba de conciencia, percibiste cómo se arrastraba ese cuerpo sin pies hasta su hamaca, en la que se acostó pesadamente haciéndola rechinar como silbidos agudos.

Tu sueño se desarrolló por etapas: primero creíste que seguías despierto porque seguiste escuchando los silbidos de la hamaca de Kuésta y los ronquidos de Genáo, pero luego viste un lago y una fuente llena de patos y te convenciste de que estabas durmiendo, luego te metiste en el agua y te pareció tan real que diste por hecho que en realidad estabas despierto y que la tormenta había sido una invención tuya, luego llegó nadando hasta ti un rinoceronte pigmeo y retozaste con él en el agua hasta que te convenciste de que era otro sueño, lo cual hizo al mundo temblar a tu alrededor para terminar desmoronándose, apareció entonces una fuerte luz proveniente de la ventana rota, detrás de la cual estaba el cielo despejado de la mañana. Aún sin saber si era un sueño o no, te levantaste lentamente de la hamaca y viste el bulto en la de Kuésta. Apenas tocaste la tela para destaparla, cuando aquella cosa dio un brinco repentino sobre ti, tumbándote en el suelo y dándote una vista clara del extraño miembro alargado que le salía de la nariz, de sus ojos que eran pura pupila abiertos como si no tuviera párpados, y de su cuerpo espinoso con algunos apéndices similares a manos y pies proyectándose sobre la espalda.

—Buen día, Dézen, ¿descansaste bien?

Fue lo que interpretaste cuando hizo salir sonidos del agujero perfectamente redondo de la boca, pero lo animalesco de la dicción y lo rasposo del timbre te hizo pensar que quizá habías oído mal.

—Sí, estoy bien. Soñé que me encontraba con ese rinoceronte pigmeo. Tras lo cual lo que había sido Kuésta levantó la mirada y empezó a retorcerse.

—¿Y tú?

Pero ya no pudo responder, porque su grueso cuerpo empezó a ablandarse, el miembro alargado de la cabeza se volvió tan pequeño en la base que se desprendió y cayó sobre tu pecho. Tal pareciera que alguna fuente de calor invisible estuviera haciéndola arder desde adentro hasta derretirla. Durante algunos minutos, Kuésta pasó lentamente hacia ese estado líquido hasta que te encontraste revolcado en una charca de materia negra, sin rastro alguno de que alguna vez hubiera tenido forma humana o de cualquier otra. Te levantaste y sacudiste el líquido de tu cara y cabello mientras salías de la cabaña. No esperaste nada antes de quitarte la camisa, saltar al lago y caminar hasta que el agua pudiera cubrirte mejor. Te zambulliste varias veces hasta que te sentiste limpio, y te quedaste un rato más contemplando las dulces nubes de la mañana después de una tormenta, como si alguien en lo alto usara esa belleza para intentar disculparse por el desastre de la noche anterior.

Escuchaste a alguien más zambulléndose en el agua, volteaste y encontraste al viejo robusto en su chapuzón de la mañana. Apenas os visteis y regresasteis a ignoraros.

Capítulo 8

Capítulo 8

Ya habías empezado a masticar tu draóhi de mariscos cuando notaste a la nueva familia llegar a su cabaña con cuatro hijos, Genáo también vio a otra que pasó detrás de ti, ésta con sólo dos hijos, pero cinco adultos. Las mesas lentamente fueron ocupadas por varios grupos de turistas, la mayoría eran danzilmarenes, pero también escuchaste a varios japoneses, estadounidenses, y otros de lugares que no pudiste identificar por su idioma. Para cuando Genáo hubo terminado su ensalada, la tranquilidad había disminuido lo suficiente para hacerte querer irte de ahí. Sugeriste ir a jugar un poco a las canchas, a lo que Genáo aceptó con gusto y fue a pedir un balón de fútbol. Jugaron durante un rato hasta que te cansaste y te detuviste.

Genáo: Esto se va a llenar de niños en poco tiempo. Ya algunos nos están viendo desde la cafetería con ganas de jugar. No me molestaría jugar un rato con ellos.

Dézen: Si tanto se va a llenar, prefiero pasar el resto del día en mi cabaña.

Genáo: El día está increíble, amigo, no hay modo de quedarse encerrado. Te incorporaste y diste un vistazo a la fuente de los patos, te diste cuenta de que uno de ellos parecía cojear, y avanzaba dando extraños saltitos. Caminaste hasta ahí mientras Genáo te seguía confundido. Cuando llegaron, Genáo se dio cuenta del pato que caminaba extraño y lo contempló con lástima.

Genáo: Pobre patito, le falta una pata.

Intentaste acercarte a él, pero, sintiéndose atacado, emprendió el vuelo tras correr atropelladamente por unos segundos. Tuviste una buena vista del muñón donde había habido una pata alguna vez.

Dézen: Y sin embargo vuela.

Genáo: ¿Sentiste miedo?

Dézen: ¿Miedo de qué?

Genáo: De esa pata faltante.

Dézen: ¿Por qué me daría miedo?

Genáo: No sé, sólo creo que es normal que las deformidades nos asusten. Pero como este pato aún puede volar, no da tanta lástima como si no pudiera.

Dézen: Tal vez si lo que le faltara fuera una ala, o parte del pico, me sentiría un poco más perturbado.

Genáo se sentó en el césped e intentó atraer a otros patos imitando sus graznidos, pero tras fracasar en ello, se resignó y jugó con algunas hojas que le quedaban a la mano.

Genáo: Creo que la razón por la que nos asustan las deformidades es porque las asociamos con la posibilidad de la muerte. Alguien sin brazos, sin ojos, sin piernas, con la cabeza demasiado grande, con el cuerpo

torcido, con la cara despedazada o sin dedos tendría pocas probabilidades de sobrevivir por sí mismos; esto lo sabemos y reaccionamos con miedo, porque no quisiéramos vernos como ellos.

Dézen: Pero no todas las deformidades son peligrosas, algunas sólo son feas.

Genáo: Creo que aún ésas nuestros instintos las interpretan como potencialmente dañinas o peligrosas, ineficaces para la convivencia. Si mis ojos me salieran por la nuca, me salieran dedos en la lengua, me saliera trompa de elefante, provocaría miedo aún si nada de eso limitara mi supervivencia.

Dézen: ¿Le tienes miedo a alguna deformación en especial?

Genáo sonrió, pero bloqueó la salida de su risa en un instante.

Genáo: Sí, hay un tipo de deformación que no puedo soportar tener cerca de mí: las deformaciones genitales.

Dézen: ¿Masculinas o femeninas?

Genáo: Las dos. No sé, pero siento que si hay alguna forma de deformidad que hay que evitar a toda costa, sería esa. Hasta los que nacen sin brazos ni piernas pueden reproducirse, pero una deformación en esa área probablemente no te lo permita.

Dézen: ¿Te asusta tanto porque podría hacerte estéril?

Genáo: No te rías. Sólo creo que no sería lo mismo vivir sabiendo que no podrás dejar un legado.

Dézen: Ese legado podría propagar la deformidad, de ser genética.

Genáo: La vida es bella, incluso si no puedes disfrutarla del todo.

Dézen: Dices eso porque lo tienes todo en su lugar y en su justa medida. Una repentina tos interrumpió la risa de Genáo, llevándolo hasta el atraganto y obligándolo a golpearse el pecho con el puño para aliviarse.

Dézen: ¿Estás bien?

Le tomó a Genáo unos segundos para responder.

Genáo: Pensé algo terrible.

Dézen: ¿Qué?

Genáo: Oh, no, amigo, no quieres saber eso.

Le sostuviste la mirada.

Dézen: Si estabas pensando en mí, te digo que no me importa.

Genáo se levantó, ahora estaba pálido y su equilibrio delataba un leve mareo.

Genáo: No me siento del todo bien. Hablar de las cosas que me asustan nunca me ha gustado.

Dézen: Lo siento.

Genáo: No lo lamentes, amigo, no es tu culpa, es mi culpa por ser tan sensible. Supongo que tengo que aprender a resistir las cosas incómodas.

Dézen: ¿Adónde vas?

Genáo: Necesito una siesta. Pero no quiero dormir mucho, así que por favor ve y despiértame a las cuatro, ¿sí?

Genáo pasó a devolver el balón antes de meterse entre las nuevas familias de la cafetería. Las conversaciones ya no se sentían tan desesperantes, incluso si objetivamente el volumen era más alto. Pero durante un rato creíste quedarte sordo, en medio de los patos que tenían

miedo de aproximársete. Tus pies te llevaron hasta el borde de la fuente para ver si podías escuchar los gruesos chorros de agua que salían escupidos hacia el cielo antes de caer en arco. No oías, pero viste del otro lado de la fuente, vagando entre los patos que no se asustaban de su presencia, a un rinoceronte pigmeo. Pensaste que debía haberse extraviado y había salido de la selva por error. La presencia de los patos y de la fuente quizá lo confundía y hacía pensar que aún se encontraba en una extensión de la selva, no reconociendo la mano humana en aquella cascada invertida. Se acercó a beber del agua, y al parecer reconoció que el agua tenía algún tipo de manipulación artificial, porque en seguida se apartó. Los patos ahora estaban repentinamente curiosos por el nuevo animal, y, perdiendo rápido el miedo, se acercaron a picotearlo con suavidad. El rinoceronte se dejó examinar por un rato, pero inevitablemente decidió que ahí no había nada que le interesara y enfiló de vuelta a la selva. Lo seguiste de lejos, asegurándote de que no te viera, pero estabas seguro de que al menos podía olerte porque, en tu perspectiva de humano, el animal daba vistazos detrás de él como esperándote. Entraste en la selva, te abriste paso entre las ramas y matorrales que le estorbaban a tus pies y cara, bajaste por pequeñas cuevas pedregosas e hiciste ruido sobre las hojarascas, pero el rinoceronte no aceleró el paso ni se mostró alerta, sino que incluso tuvo la osadía de detenerse por momentos para masticar hojas, hongos y raíces que encontraba por el camino. No pasó mucho para que te dieras cuenta de que te hallabas en medio de la selva; por más que volteaste no encontraste más que árboles torcidos con hojas húmedas, hierbas invadiendo la tierra y abriéndose paso entre las piedras, y sobre todo mucho silencio salvo por los pájaros que habitaban invisibles en algún lugar de las copas de esos árboles. Sentiste un repentino pánico, pues ni siquiera localizaste las señales de tu propio avance por la selva que pudieran ayudarte a volver sobre tus pasos. Antes de que tu cerebro se serenara para pensar en tu siguiente decisión, el rinoceronte terminó su bocado y volvió a moverse. Ahora tuviste que decidir si intentabas regresar por donde viniste, arriesgándote a perderte aún más, o seguir al rinoceronte. Entonces pensaste que en algún momento el rinoceronte tendría que beber, y hasta donde sabías la fuente natural de agua más cercana sería el propio Parque del lago. Eso desparalizó finalmente a tus pies y casi corriste tras el rinoceronte, como pidiéndole que te esperara. Por un tiempo que no pudiste determinar, dieron vueltas dentro de la selva a paso desesperadamente lento. En varios momentos el rinoceronte amenazaba con tumbarse en la tierra para descansar, pero a lo sumo sólo se rascó la comezón revolcándose un rato en el lodo. Tu paciencia casi llegaba a su límite cuando entre los árboles alcanzaste a ver un brillante cuerpo de agua, hacia el cual se dirigía el rinoceronte. Con el alma de nuevo adentro de tu cuerpo, lo seguiste hasta la orilla apartando con vehemencia las molestas ramas de tu cara. No sólo te había conducido de vuelta al Parque del Lago, sino que, ahí a lo lejos, era visible la sección de las cabañas construidas sobre el agua; en concreto te encontrabas justo delante de la tuya. Muchos días te habías entretenido mirando a ese punto

de la selva desde el otro lado, pero ahora habías llegado ahí por accidente y mirabas tu propia cabaña. Esa realización te hizo quedarte un rato más en la orilla, deleitándote en la ironía y sintiéndote contento de haber vivido esa pequeña aventura antes de volver a casa. A todo eso, el rinoceronte bebía a pocos metros de ti, habías olvidado que no querías que te viera, pero al perisodáctilo no le importaba tu presencia; más aún, cuando dejó de beber viró su cabeza gris hacia ti, y en tu percepción humana creíste ver en su aburrido rostro una expresión de fastidio. Pero como es costumbre, la vida continúa antes de poder analizarla, por lo que el rinoceronte no perdió tiempo en meterse en el agua y empezar a nadar hacia las cabañas. Lo viste alejarse despacio, por momentos zambulléndose para luego emerger con plantas en el hocico. La idea de tener que dar todo un largo rodeo no te entusiasmaba, pero tu felicidad de ya no estar perdido se interpuso y te hizo no poder dejar de sonreír. Pero tuviste una mejor idea para cerrar con un mejor final esa pequeña aventura. ¿Quién diría que tu, entre todos los huéspedes del Parque del Lago, se animaría a entrar al lago y cruzarlo a nado así como si nada? Pues a partir de ahora podrás contar a tus futuros amigos, a tu futura esposa, a tus futuros hijos y nietos, que hasta a alguien como tú le pueden pasar cosas raras, imprevistas, fuera de lo ordinario. Nadaste con gusto y soltura, disfrutando cada gota de agua, muy desprevenido en medio de un lago opaco en el cual pareciera que en cualquier momento aparecería un cocodrilo gigante. Pronto llegaste en medio del lago y volvió a tu mente el rinoceronte. Te quedaste flotando por un largo rato, volteando de un lado a otro, pero sólo viste muy a lo lejos a otras familias de bañistas cerca de la zona de la cafetería. Te sentiste solo, abandonado por ese curioso animal que le había dado la vuelta a tu día, y con algo de melancolía te quedaste mirando una vez más la selva de la que acababas de salir. Pero recordaste que Genáo te había pedido que lo despertaras, y temiendo haberte pasado de la hora continuaste nadando. Saliste rápido por la otra orilla, entraste a tu cabaña para ver la hora en tu celular. Refunfuñaste al ver que te habías pasado por quince minutos, por lo que de inmediato te cambiaste de ropa y fuiste a la cabaña de Genáo. Desde afuera se escuchaba una tonada suave y bailable, lo que te hizo detenerte un momento antes de empujar la puerta. La bocina de Genáo estaba conectada al bluetooth de su celular, y sonaba Das Tanzlied, del poema sinfónico Also Sprach Zarathustra. Genáo era una masa tan pesada que los hilos de la hamaca se habían roto, y ahora yacía en el suelo sobre su propio cuerpo grueso y lleno de espinas. Los ojos estaban tan secos que habían adquirido un color café. No tenía ya pelo, sino que lo poco que le quedaba de piel en la cabeza se desprendía para revelar una sustancia aceitosa de olor amargo.

Genáo: Necesito que me ayudes a empacar, amigo.

Tu primer instinto fue acercarte a él, poner tu mano sobre su cabeza y asentir.

Dézen: ¿Hay algo que quieras hacer mañana antes de irnos?

Genáo: Hoy mismo, amigo. Quiero ir una vez más con los patos. Pero no ahora. En un rato.

Procediste a hacer el equipaje de tu amigo. Guardaste su ropa, sus zapatos, unos libros de la universidad que no habías visto antes.

Dézen: ¿Estuviste leyendo esto?

Genáo: Las costumbres son difíciles de romper.

Encontraste el tablero de damas chinas en la mesa, junto a su cepillo de dientes y su peine. Cuando dejaste todo limpio, colocaste la maleta frente a aquella masa cuyos ojos se proyectaban hacia el exterior, duras como madera y sin pupilas, la mandíbula se abría y cerraba como buscando aire.

Genáo: Sería bueno que empacaras desde ahora.

La voz te sonó ahogada y rasposa, de una garganta llena de llagas, muy anciana. De inmediato fuiste a tu cabaña y empacaste sin prisa. El sol aún iluminaba bien, y más que nunca el lago te pareció tan apetecible desde la ventana. Viste al rinoceronte nadando, pasó por tu cabeza que te estaba buscando a ti, su temporal compañero de exploración y de nado. Eso te hizo desempacar tu traje de baño y ponerlo sobre tu valija. Viste tu termo sobre la mesa, bebiste las últimas gotas de té y las sentiste muy amargas. Se ha acabado tu té, pero tu cuerpo pide volver al agua y asomas la cabeza por la ventana. ¡Qué bello es el Parque del Lago! ¡Qué cristalina es el agua, qué nítido se puede ver el lecho con sus plantas y peces! ¡Qué verde se ve la selva y cuán suave es el viento que se escapa de los árboles! Tienen que disfrutarlo juntos un poco más, esta vez de verdad ahora que todo se acaba.

Sales prácticamente corriendo de tu cabaña, ansioso por empujar a Genáo al agua. La música ha regresado al principio, repitiéndose en bucle. Te hace querer saltar al agua y bailar en ella, y contemplar el cielo desde el fondo, esta vez sintiendo que todo el lago te pertenece.

Entras empujando la puerta de golpe. Pobre Genáo; ya no es más que un rostro sin ojos ni nariz en medio de un monolito redondo. La trompa espinosa sale de donde antes estaba la boca, pero a pesar de eso su voz es clara.

Genáo: Vamos a ver a los patos, y luego a nadar juntos.

Tus piernas ya no resisten y te hacen caer, y toses tan fuerte que te raspas la garganta.

Dézen: Vamos, amigo.

Empiezas a gimotear en el suelo, cada vez aumentando el volumen hasta que casi gritas como si te doliera todo por dentro.

Genáo: ¡Aléjalo de mí!

Dézen: No te duermas ahora

Genáo: ¡Me asusta!

Dézen: Vamos al Parque del Lago, todos juntos, todos.

Genáo: No te hicimos parte.

Dézen: Lo soy.

Genáo: Perdónanos, porque sabíamos lo que hacíamos.

Dézen: ¡No te vayas también!

Tu grito coincide con la desaparición total de los restos de la cara de Genáo en esa masa negra. Ahora brotan de ella gruesas patas de tigre. La trompa crece hasta ser del largo del cuerpo, de una cabeza pequeña sin

orejas. En el pecho se crea una abertura horizontal como una sonrisa. Todo el cuerpo, desde las patas hasta la trompa, son espinosos, pero no hay ningún otro color aparte del negro.

La música sigue sonando cuando sales de la cabaña y caminas hasta la orilla por el puente de madera. De la cabaña ves surgir a lo que antes era Genáo, destruyendo parte de la puerta al hacer pasar su grueso cuerpo de elefante. Se estira y menea su trompa como evaluando su fuerza y elasticidad. Tú no haces más que contemplarlo con lágrimas, con pequeños espasmos como hipos, reteniendo la respiración hasta que tu cuerpo te obliga a meter más aire. Da unos pasos y adquiere una pose felina, y con movimientos igualmente felinos sale a galope hacia la fuente de los patos.

Se vuelve el Parque del Lago y sus habitantes en las víctimas de lo que antes era Genáo. Uno a uno los inquilinos fueron atrapados por la trompa espinosa, despedazados y devorados por la boca en el pecho. Pero los padres no se escandalizaban cuando sus hijos eran exprimidos y desgarrados por la trompa y las patas. Los hijos no gritaban aterrados cuando las cabezas de sus padres caían de sus troncos. Los propietarios y trabajadores ni siquiera apartaron los ojos de sus deberes mientras el Parque del Lago se teñía de rojo. Todos murieron en el estado más tranquilo, despreocupado y ameno: algunos comían, otros dormían en las hamacas, otros nadaban, otros se besaban, jugaban en las canchas, trabajaban, hacían llamadas. Pero la trompa los apresaba, apretaba, reducía a jirones de carne y órganos. Tu caminaste lentamente hacia él aún con la música a tus espaldas, y sus movimientos eran severos, furtivos, pero también con gracia, dancísticos, regocijados y llenos de energía. Aturdido y maravillado, lo viste llegar a la fuente de los patos y empezar a atraparlos con la trompa, sin que sus compañeros siquiera se apartaran ni quisieran salir volando. Fue entonces que no pudiste aguantarlo más y volviste a tu cabaña, de inmediato tomaste tu equipaje y saliste. Afuera te encontraste con el viejo robusto, el cual dio un vistazo hacia las gruesas manchas de sangre y restos de órganos mutilados que enrojecían la arena. Nunca supiste si veía de verdad, porque sólo sacudió la cabeza y se dirigió al lago a refrescarse. Tus pies te llevaron rápido a la salida; tu cabeza no volteó a ver. Llegaste a la carretera y comenzaste a caminar hacia Yelí, bordeando la selva a tu izquierda, cada vez dejando más atrás el famoso Parque del Lago.

A unos metros sale el rinoceronte de la selva. Dézen lo observa cruzar la carretera con precaución. Desde el otro lado, es ahora el rinoceronte el que observa a Dézen caminar. Éste primero camina cabizbajo y aturdido, pero voltea a ver al rinoceronte una vez más, y poco a poco la calma lo abraza. Se ríe contemplando el anaranjado de la tarde y su paso adquiere más energía. El rinoceronte lo contempla conforme Dézen se vuelve una

sombra sin forma a lo lejos hasta desaparecer tras la oscuridad de la nueva noche.

Fin